

CUADERNOS

DE ORIENTACION SOCIALISTA



20

abril - 1985



Cultura: HECTOR BARRETO

**RECUPERACION DEMOCRATICA
EN CHILE**

 **TALLERES** 'EDUARDO CHARME'

CUADERNOS
DE ORIENTACION SOCIALISTA



REVISTA EDITADA
BAJO LA RESPONSABILIDAD DE LA
SECRETARIA IDEOLOGICA DEL
SECRETARIADO EXTERIOR DEL
PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE

COLABORACIONES - CANJE - SUSCRIPCIONES

E. CORBALAN
PF 2004
D-1000 BERLIN W. 30
PRECIO DEL EJEMPLAR U\$ 1.50



TALLERES "EDUARDO CHARME"

SUMARIO

abril 1985 N° 20

3 EDITORIAL

ANALISIS

- 6 REFLEXIONES EN TORNO AL PROCESO DE RECUPERACION DEMOCRATICA EN CHILE
Clodomiro Almeyda

REALIDAD NACIONAL

- 31 LA SITUACION ACTUAL Y LAS PERSPECTIVAS UNITARIAS DEL MOVIMIENTO SINDICAL CHILENO
Hernán del Canto

DOCUMENTOS

- 45 AL PUEBLO DE CHILE
Nuestra Propuesta Democrática de Lucha y Unidad
Segunda Asamblea Nacional del MDP

CULTURA

- 65 HECTOR BARRETO

- 70 POESIA DESDE CHILE

TRIBUNA LIBRE

- 72 RECUERDOS DEL PORVENIR
Belarmino Elgueta

* LOS ARTICULOS SE PUEDEN REPRODUCIR INDICANDO LA FUENTE

Editorial

El presente número de "Cuadernos de Orientación Socialista" aparece en momentos de gran significación para la vida partidaria. Coincide con la celebración de nuestro 52 Aniversario y coincide también con el desarrollo del XXIV Congreso General Ordinario del Partido. Ambas ocasiones se conjugan para testimoniar la presencia y vigencia del Partido Socialista de Chile a lo largo de más de cinco decenios de combate y compromiso con los ideales que lo vieron nacer: hacer de Chile una Patria Libre y Socialista.

No es el momento de intentar una reseña histórica de nuestro Partido, pensamos que es de mucha más significación referir este editorial a la "historia" más reciente que está escribiendo nuestra militancia en su diario enfrentamiento contra la dictadura militar. Una historia que se escribe en las barricadas, en los sindicatos, en las universidades, en las Protestas Nacionales, que marcan un salto de calidad en la lucha antidictatorial de nuestro pueblo.

Toda la experiencia vivida por nuestro Partido se concentra, hoy día, en la celebración de nuestro máximo evento orgánico.

El Congreso de los socialistas enfrenta el análisis de un período lleno de enseñanzas para el movimiento popular chileno y mundial. Un período de gran desarrollo de la potencialidad del pueblo reflejado en el gobierno democrático y revolucionario que presidiera el militante socialista Salvador Allende, pero un período también de enorme reflujo de las fuerzas democráticas como producto de la brutalidad del golpe contrarrevolucionario de la burguesía y el

imperialismo en tanto última salvaguarda de sus intereses amenaza dos.

En estos últimos años y meses y como resultado de la más te naz actuación de los partidos democráticos y revolucionarios y tam bién por el propio derrumbe del modelo de dominación y explotación impuesto en Chile, la situación política nacional muestra una co rrelación de fuerzas cada vez más favorable a los anhelos democrá ticos y libertarios del pueblo chileno. Es por ello que nuestro Congreso se realiza bajo la urgente necesidad de potenciar la pre sencia conductora de los socialistas en el seno de las masas movi lizadas por el derrocamiento de la dictadura.

Hacemos nuestro Congreso para que "ayude al desenvolvimien to de la lucha contra la dictadura y por la recuperación y renova ción de la democracia chilena".

"Lo hacemos no para encapsularnos en nuestra problemática doméstica, sino para saludar y contribuir a su realización, en el fragor del combate popular contra la dictadura, como una manera de fortalecernos en la brega y de aportar al derrocamiento del régi men que nos subyuga" (Convocatoria al XXIV Congreso).

Estos conceptos vertidos en la Convocatoria a nuestro Con greso reafirman el criterio de que se trata de realizar un Congre so en lucha, cuestión de la que todos los socialistas debemos es tar conscientes.

El espíritu crítico y autocrítico que preside los debates de nuestro torneo partidario, desde los núcleos hasta su instancia fi nal, tiene esencialmente un sentido de superación, de desarrollo y fortalecimiento del conjunto del Partido. En este marco nues tra responsabilidad militante es enorme. El éxito de nuestro Con greso se verá también reflejado en que surjamos de este even to más unidos, más férreamente organizados, con mayor disciplina militante de manera que vayamos elevando nuestro prestigio, nues tra capacidad de convocar a las masas al combate, nuestro rol de promotores y artífices de la unidad de la izquierda y del conjun to de la oposición democrática.

El Congreso del Partido es todo un desafío. Primero porque lo realizamos en medio del estado de terror impuesto por la dicta dura, se celebra en momentos que arrecia la represión en contra del movimiento popular y en particular en contra de nuestro Parti do. Segundo, y como consecuencia de lo primero, nuestro Congreso se realiza en la clandestinidad y con un gran número de sus mili tantes en el exilio. Y tercero porque son enormes las espectati vas generadas, a todo nivel, en torno a las resoluciones políti cas que de él surjan.

Es importante destacar el hecho de que al momento de ser pu blicado el presente número de "Cuadernos de Orientación Socialis ta" ya habrán concluido las diferentes instancias del Congreso en el exilio. Concretándose de esta forma el aporte de los socialis tas exiliados al mayor éxito del magno evento partidario.

El éxito de nuestro Congreso es el mejor homenaje que los socialistas podemos tributar a los héroes y mártires del Partido que, como Grove, Matte, Ponce, Lorca, Salvador Allende y tantos o tros, entregaron lo mejor de sí por el engrandecimiento de esta herramienta de lucha y por el triunfo del Socialismo en nuestra Patria.

El ejemplo de estos hombres se ve reflejado, hoy día, en el ímpetu y compromiso revolucionario de nuestra militancia, en la Juventud del Partido que con la celebración de su XXI Conferencia Nacional se compromete en un mayor nivel de aporte al desarrollo de nuestra organización.

Los socialistas estamos presentes en el combate por la li bertad y la democracia en nuestro país. Lucha que venimos indisolu blemente ligada a la de todos los pueblos, gobiernos y partidos que en el mundo luchan por la paz y el progreso social en contra del imperialismo.

Nuestra política que llama a las masas a la ruptura con el régimen dictatorial asumiendo todas las formas de lucha, es co rrecta. Es nuestro deber el desarrollarla en todos sus niveles, para lo cual se hace necesario profundizar nuestra presencia y re lación con el pueblo rebelado. En este 52 Aniversario de unidad y lucha, reafirmemos nuestro compromiso militante.

*

reflexiones en torno al proceso de recuperación democrática en Chile

Clodomiro Almeyda

Nos encontramos en América Latina, ya bien entrados en el decenio de los ochenta, en una fase de nuestro desarrollo socio-político que con alguna razón se califica ya de una etapa de recuperación democrática.

Lo de razón que tiene este aserto, es que si se compara el panorama de nuestra América hoy, con el de mediados de los setenta, es innegable que las fuerzas democráticas y progresistas han avanzado, no sin tropiezos, por vías y bajo formas distintas. El sistema de dictaduras militares reaccionarias de uno u otro tipo se derrumba o se debilita, y el reflujo político general que ensombreció a América Latina en el pasado decenio cede el paso a una fase de ascenso de los movimientos democráticos populares en medio de graves dificultades y peligrosas coyunturas -de origen tanto endógeno como exógeno-, que las enfrenta a nuevos y penetrantes desafíos.

Por eso no nos parece del todo adecuado calificar esta fase de nuestra historia como la de una simple "recuperación" democrática. Se trata de instalar creativamente a la democracia en el continente, más que de volver a un pasado, que dio todo lo que pudo dar de sí, y cuya incapacidad para servir de puente entre el subdesarrollo capitalista deformado y dependiente y nuevas y superiores formas de convivencia social y política, quedó plenamente en evidencia con la crisis del desarrollismo populista que fue manifestándose en una u otra forma en nuestro continente en los últimos lustros. Desarrollismo populista que se corresponde con el período de industrialización fácil que siguió a la gran depresión de los años treinta, y que marcó el colapso de la etapa neo-colonial que los economistas llaman de "desarrollo hacia afuera" y que alcanzó su máxima expresión en los primeros decenios del siglo.

LA CRISIS DEL MODELO DESARROLLISTA POPULISTA Y LA RESPUESTA REVOLUCIONARIA

Nosotros abordaremos ahora la problemática de este período de llamada "recuperación democrática", especialmente en nuestro país, Chile, en el contexto del Cono Sur del continente, del que formamos parte y cuyos países comparten con el nuestro rasgos comunes e importantes.

Desde luego, se trata de la región latinoamericana, que al igual que México, ha sido escenario privilegiado del ensayo por su parte el sub-desarrollo y la dependencia a través de un modelo económico industrializador, sustitutivo de importaciones, en que al Estado le cupo un papel promotor fundamental, ligado a un proceso desigual y discontinuo de participación creciente de las clases populares en el proceso político y en la distribución de la riqueza, en los marcos de una economía capitalista.

Tres elementos que se retroalimentaron entre sí, se conjugaron para frenar ese proceso modernizador, industrializador y democratizante y producir su colapso, elementos que son comunes para el Cono Sur.

En primer lugar, un elemento de origen endógeno: el agotamiento del modelo económico llamado de sustitución fácil de importaciones, que exigía para superarlo tasas de inversión mucho mayores, desarrollo de industrias pesadas y de punta, mejoramiento de la infraestructura y generación de tecnologías autónomas pertinentes, todo lo cual fue imposible de lograr en los marcos de la estructura económica capitalista dependiente y sus patrones de distribución del ingreso y formas de consumo y del correspondiente tipo de dominación política.

Un segundo elemento -éste de orden político-, también de carácter endógeno y estrechamente ligado al anterior, provino del desarrollo impetuoso de la lucha de masas y de movimientos populares con proyección revolucionaria, que entraron a disputar el poder a las clases dominantes. Esto generó como respuesta procesos contrarrevolucionarios tendientes a detener el ascenso democrático y a arrasar con las conquistas alcanzadas en el orden político y económico-social, ante la exigencia primordial de mantener el orden social imperante que se percibía peligrosamente amenazado.

Un tercer elemento para explicar el colapso del desarrollismo populista en el Cono Sur, éste de origen exógeno, proviene de la pérdida creciente del impulso a la industrialización, ligado al "boom" económico mundial de la post-guerra que alcanzó su clímax en los años cincuenta y hasta mediados de los sesenta. La declinación del impetuoso desarrollo del capitalismo de la post-guerra fue imputada por los sectores conservadores al fracaso de los regímenes social-reformistas y estatistas y condicionó la emergencia de una corriente social, política, ideológica neo-liberal, que apoyándose en el proceso de la transnacionalización de la economía, recompuso el marco de la división internacional del trabajo,

en términos de una cada vez mayor vigencia de la soberanía del mercado. Esto se reflejó en el plano político en la aparición y el auge de un neo-conservantismo autoritario en las metrópolis capitalistas, siempre dispuesto a favorecer a los regímenes reaccionarios en el Tercer Mundo, que pudieran poner un dique al ascenso de los movimientos de liberación nacional y a la influencia del campamento socialista en los países en desarrollo.

En este contexto, en el que se produce el deterioro político de los regímenes democráticos del Cono Sur, y su desplome más o menos violento, principalmente a comienzos y en la mitad de la década pasada. El Brasil -quizás la democracia más frágil- inauguró ya en 1964 la cadena de instauración de dictaduras castrenses contrarrevolucionarias. No vamos a hacer historia. Todo el mundo sabe lo que de entonces siguió para adelante en el resto del Cono Sur, con su réplica correspondiente en Bolivia y hasta en el Perú, si inscribimos en este marco la involución hacia la derecha del Gobierno militar de Morales Bermúdez.

Los proyectos políticos-sociales de las dictaduras castrenses de nuestra región tienen dos rasgos comunes.

Brevemente expresado y en general, el primero de estos rasgos es de que no se trata simplemente de regímenes represivos, antidemocráticos y fascizantes. Se trata de contrarrevoluciones transformadoras en un sentido regresivo, que intentan desmantelar no sólo la institucionalidad democrática y al Estado como agente activo del desarrollo, sino también destruir los partidos políticos populares, debilitar al máximo a las organizaciones sociales, combatir y proscribir al pensamiento democrático avanzado, y para qué decir, las ideas revolucionarias, identificadas como agentes ideológicos del comunismo soviético, en quien ven encarnado su gran y definitivo enemigo.

En la óptica contrarrevolucionaria, el desarrollismo populista fracasó como proyecto económico para sustentar el desarrollo productivo y condujo a nuestros países al borde de revoluciones sociales, de violencias destructivas y de amenazas a valores -en ella consustanciales con la humanidad civilizada- los de la "libertad" y los "derechos individuales", la propiedad, la seguridad, la religión, en una palabra, el orden, entendido a la manera burguesa. Y lo que no es un detalle, a la manera burguesa latinoamericana, extraña mixtura de lo tradicional y lo moderno, en la que lo conservador es siempre dominante.

Había pues, no sólo que reprimir, política y socialmente, si no también reorganizar la sociedad toda, conforme al pensamiento neo-liberal en lo económico, y reaccionario en lo político, entregando a la plena soberanía del mercado en lo interno y en lo internacional, la dirección de nuestras economías, para que la "mano invisible" que concibiera Adam Smith en el siglo XVIII, pudiera sacarnos del pantano en que nos habría sumido el estatismo infeliz, el igualitarismo demagógico y antinatural, alimentados por la perversa ideología marxista e instrumentados por el comunismo internacional.

En mayor o menor medida, con mayor o menor consecuencia, se intentó llevar a la práctica en nuestros países semejante anacrónico proyecto, que se propuso nada menos que hacer retroceder la historia -fuera de contexto-, queriendo hacer de nuestros países nuevas Inglaterra y nuevos Estados Unidos, como los del comienzos del siglo pasado.

En segundo término, ha sido rasgo común de estos trágicos experimentos contrarrevolucionarios, el que su instrumento y agente principal lo hayan sido las Fuerzas Armadas. No tanto porque éstas se hayan permeado por el pensamiento neo-liberal, sino porque compartían y comparten el contenido reaccionario de la doctrina de la Seguridad Nacional, que las hace privilegiar en su accionar político todo lo que pueda contribuir a eliminar la amenaza de la Revolución social, identificada con el marxismo y el comunismo. No es de extrañar entonces que las FF.AA. consintieran en entregar a los representantes de las burguesías monoplásticas transnacionalizadas la tarea de rehacer nuestras economías y nuestras sociedades en términos neo-liberales, convirtiéndose ellas en último término en meros instrumentos de aquellas, tomando bajo su responsabilidad la dimensión represiva y terrorista del proyecto contrarrevolucionario.

EL FRACASO DE LA CONTRARREVOLUCION Y LA GENERACION DEL ESCENARIO PARA LA RECUPERACION DEMOCRATICA

Todos sabemos cuál ha sido el resultado de los ensayos contrarrevolucionarios en el Cono Sur. A los factores intrínsecos y endógenos de vulnerabilidad del modelo neo-liberal -que no es del caso precisar aquí-, se añadió el efecto depresivo sobre nuestras economías de la nueva fase crítica de la economía capitalista de los últimos años, lo que produjo un rápido, y para muchos inesperado, colapso de los proyectos regresivos de reconstrucción social. Sabemos en qué terminaron el "milagro brasileño", el "proceso argentino de Reorganización Nacional", el "nuevo Chile" de los Chicago boys.

Todos sabemos también lo que significó el "costo social y económico" de estas frustradas empresas contrarrevolucionarias, en términos de redistribución regresiva del ingreso, deterioro de los niveles de vida del pueblo, miseria, cesantía, liquidación y quiebre de industrias y desinversión, retroceso productivo y, sobre todo, en términos del aumento desmesurado de la deuda externa, inutilmente malgastada y que ahora se es incapaz de servir.

El derrumbe del modelo neo-liberal autoritario y sus efectos sociales y políticos, han creado una situación social favorable para impulsar la llamada recuperación democrática en el área.

La problemática de este proceso -en el que han avanzado algunos países más que otros-, tiene también rasgos comunes para toda el área.

Primero. Un estado de parálisis económica, de sub utilización de recursos productivos y de crisis depresiva del conjunto de la actividad económica nacional.

Segundo. Una reactivación notoria, en casos agresiva y en gran medida espontánea, de la movilización social, producto de la miseria, el hambre y la desocupación.

Tercero. Una consecuente pérdida -irreversible y definitiva- de la legitimidad de las dictaduras militares, que ha conducido a la mayoría de ellas a su sustitución por regímenes más o menos democráticos.

Cuarto. Una acentuación de la dependencia reflejada en una nueva inserción de la división internacional del trabajo con marcado carácter neo-colonial, en la penetración del capital transnacional en las actividades productivas, comerciales y financieras, y sobre todo, en el gigantesco endeudamiento externo, cuyo pago y el condicionamiento impuesto para su servicio, resta autonomía económica a los países deudores y transfiere en la práctica las principales decisiones económicas que les atañen, al arbitrio de la banca acreedora.

Quinto. Una peculiar situación del establecimiento militar, que no obstante deteriorado en su prestigio o aparentemente vuelto a sus labores profesionales, continúa siendo y sintiéndose el garante del orden social existente, y asignándose el papel de tutor y contralor del proceso democratizador.

Sexto. Un proceso de recomposición del cuadro político tradicional previo a las dictaduras militares, en que subsisten antiguos agentes políticos, pero a su vez se generan otros nuevos, producto de la coyuntura y del espontaneísmo de las masas.

Séptimo. Un notorio reflujo ideológico en segmentos importantes de la población, en especial de los sectores medios, que les hace privilegiar las soluciones de compromiso y asignarse el papel de árbitros entre los supuestos extremos. Esto, simultáneo y entremezclado con el ascenso de la movilización social de masas a que hacíamos referencia anteriormente, algunos de cuyos segmentos tienden a radicalizarse, más en su práctica que en la teoría.



LAS CONDICIONES CHILENAS PARA LA RECUPERACION DEMOCRATICA

Fisonomizada con estos rasgos la situación en que se está dando el desafío para la recuperación democrática en nuestra región, quiero centrar ahora mis reflexiones en la forma que asume en Chile esta problemática, la que está condicionada por algunas características de nuestra historia y nuestra sociedad que es conveniente registrar.

En primer lugar, no debemos olvidar nuestra centenaria tradición democrática, que aunque se radicó al comienzo exclusivamente en el seno de las clases conservadoras para resolver internamente sus propios antagonismos, fue permeando poco a poco a toda la sociedad chilena, gracias a las luchas populares para darle contenido a la democracia formal, influir en el poder y mejorar las condiciones de vida de las masas. Surge así el Estado de compromiso, participativo y benefactor, que caracteriza a la democracia chilena nitidamente, desde comenzado el segundo tercio del presente siglo.

Consecuente con este rasgo de nuestra sociedad es el rol que han cumplido en ella los partidos políticos, algunos con más de un siglo de existencia y que a lo largo de la historia han ido recogiendo y encarnando los intereses e ideologías de las distintas clases y segmentos de clase. Estos partidos políticos se fueron articulando racionalmente en un arco que va desde la derecha tradicional hasta la izquierda marxista, sin que factores regionales, caudillismos y elementos coyunturales, hayan logrado en lo sustancial distorsionar la representatividad social objetiva de los actores políticos partidistas.

Esto se traduce en la actual situación nacional, en que pese a la necesaria rearticulación y renovación partidista que se advierte con la ruptura de hecho del receso político impuesto por la dictadura, la influencia proyectada por los partidos políticos más importantes, preexistentes a la dictadura, ha ido poco a poco perfilándose como el factor más decisivo en la nueva disposición de las fuerzas sociales, de derecha, de centro y de izquierda, que se va configurando en el actual escenario político nacional.

Complementario a esta supervivencia de los agentes políticos históricos -pese al empeño que puso la dictadura para eliminar a los de izquierda, neutralizar a los de centro y rearticular a los de derecha-, complementario a ello, repito, se advierte también una tendencia a reproducir la tradicional reagrupación de los políticos chilenos de los últimos decenios, alrededor de tres polos más o menos equivalentes en fuerza social y expresión electoral: Derecha, Centro e Izquierda, desempeñando el Centro -demócrata cristiano y radicales-, el papel de árbitros y componedores de los conflictos sociales y políticos.

Baste evocar como contraste a este cuadro chileno, el espectro político argentino, en que las dos fuerzas políticas mayoritarias

rias y cuyo antagonismo define el proceso político -radicales y peronistas-, son ambas de semejante orientación centrista, una con respaldo mesocrático y otra, más que con respaldo, constituida por la mayoría de la clase obrera organizada sindicalmente, antagónicas ambas a las fuerzas sociales conservadoras que no tienen un interlocutor político representativo y cuya ausencia ha sido determinante para la recurrente intervención militar en la política. O el caso brasileño, en que factores regionales, liderazgos personales y la debilidad histórica de sus partidos, ha configurado actualmente un ambiguo sistema partidario, como frágil referente político a la espontánea y masiva movilización social.

No obstante esta tendencia dominante hacia la reproducción en lo esencial del dispositivo tradicional de las fuerzas políticas chilenas -la derecha, nucleada hoy en una media docena de nuevas agrupaciones políticas y en el resurrecto Partido Nacional; el centro, representado por la Alianza Democrática con hegemonía demócrata, y el Movimiento Democrático Popular, sustentado básicamente por socialistas y comunistas-, está claro también que los referentes políticos opositores no dan cuenta ni son capaces todavía de conducir realmente al tumultuoso movimiento social generalizado como respuesta al explosivo derrumbe del modelo económico neoliberal. Está claro también que tampoco las fuerzas de conservación social están plenamente representadas por sus pretendidos intérpretes partidistas, y que ellas tienden a mirar más bien a las Fuerzas Armadas, y algunos, hasta al mismo Pinochet, como el mejor exponente a mediano y largo plazo de sus intereses de clase.

Este comportamiento de la derecha chilena, es consecuencia del acusado instinto de clase que ha ido adquiriendo, al tener que responder al sostenido avance de las fuerzas populares los últimos decenios, y enfrentar la experiencia traumática que significó el Gobierno de la Unidad Popular, al que percibió como preludio de una profunda e irreversible Revolución Social. En todo caso, esta instintiva y definida posición y conducta contrarrevolucionaria del núcleo principal de la derecha chilena y del ámbito en que ella influye, es un dato importante para poder proyectar y dar forma a la transición democrática en nuestro país. Como lo es también la internalización de la ideología contrarrevolucionaria y fascizante en las FF.AA., en buena parte a través de la difusión en su seno de la llamada "Doctrina de la Seguridad Nacional".

El conjunto de los elementos expuestos configuran una compleja y contradictoria situación en Chile, que ha ido definiendo sus contornos en el transcurso de los años 1963 y 1964. Como resultado del estrepitoso fracaso del ensayo neo-liberal la semilla sembrada por la Izquierda durante su actividad clandestina de todo un decenio, y principalmente, el impacto negativo de la crisis económica en las condiciones de vida populares, han hecho emerger como actor social y político determinante a las masas populares. Estas se tomaron las calles y asumieron objetivamente un papel protagonista en la sociedad, colocando a la dictadura a la defensiva, desconcertada y perpleja, sin saber como reemplazar a su frustrado ensayo de recomposición reaccionaria de la sociedad chilena.

Los Estados de Sitio y la agudización de la represión a que hemos sido testigos ultimamente, no han logrado modificar este cuadro en lo fundamental, salvo en el efecto atemorizante y desmovilizador que se ha observado en sectores de las clases medias.

Frente a este nuevo escenario político y social, favorable y estimulante para el ascenso del movimiento popular de masas -ahora directamente orientado a precipitar la caída del régimen bajo la consigna de "Democracia ahora"- los actores políticos han reajustado sus conductas y relaciones recíprocas.

El gobierno militar y Pinochet, aislado y acorralado, con una base social de apoyo cada vez más disminuida, ha ido abandonando vergonzantemente el modelo económico neo-liberal, cediendo a las presiones de la burguesía industrial y de los agricultores que reclaman protección aduanera y alivio para servir sus deudas, y a las de la burguesía financiera, que acude al Estado para que la salve de su virtual bancarrota. Al hacerse eco de estas demandas, a través de una amplia gama de medidas, el régimen pretendió neutralizar a la oposición burguesa y pequeño burguesa, que estaban adoptando una actitud cada vez más contraria y de lucha activa contra la dictadura. Esto sin que se constate un abandono consecuente y de principio de las teorías neo-liberales, muchos de cuyos más ortodoxos exponentes continúan influyendo en el manejo de la política económica.

Por su parte, la derecha política -fragmentada ahora en diversas agrupaciones, con visibles diferencias en su ideología y en sus proyectos de sociedad, pero unida alrededor del objetivo central de mantener el orden social e impedir la resurrección de la Izquierda-, ha desplegado diversas iniciativas destinadas a atraer a la Alianza Democrática hacia ella, con el fin de poder ofrecerle a las FF.AA. una base social y política de apoyo al régimen e invitarlas a irse alejando progresivamente de las responsabilidades gubernativas. Pero pensando siempre en conservar para las Fuerzas Armadas, su rol de tutoría sobre la nación, en el marco de una democracia limitada o protegida, que excluya del sistema político a las fuerzas democrático-revolucionarias nucleadas alrededor del Movimiento Democrático Popular.

Si difícil resulta llevar a feliz término esta salida reaccionaria a la crisis del régimen, por la heterogeneidad del centro y de la propia derecha y de la tosudez del sector fascista de las FF.AA. representado por Pinochet, que no se resigna a abandonar el poder, no se presenta mucho más fácil la salida de centro que patrocina la Democracia Cristiana, liderizando a la Alianza Democrática. Su rechazo al itinerario hacia la democracia tutela da contemplada en la fraudulenta Constitución del 80, su negativa de principio a que pueda Pinochet presidir esta especie de transición "a la brasileña", junto a otras demandas democráticas en lo político y económico, hacen inaceptable su actual propuesta para el núcleo de poder dominante hasta ahora en las FF.AA. bajo el liderazgo de Pinochet. Por otra parte, la porfiada negativa de la Alianza Democrática a llegar a acuerdos políticos de fondo con el MDP, no obstante aceptar las acciones conjuntas a nivel de base,

su propósito de excluirlo también de toda participación en un eventual Gobierno de transición y su empeño por diferenciar su imagen del de la Izquierda, le dificulta e impide a esa combinación política ejercer el liderazgo a que aspira de toda la oposición, a la vez que origina en su seno, en la propia Alianza Democrática, con tradiciones que desdibujan su perfil político y le restan iniciativa y capacidad conductora.

Sin embargo, no obstante la dificultad para materializar estos proyectos de salida a la crisis del régimen, por la derecha o por el centro, es posible que alguna fórmula intermedia entre estas pueda en definitiva ser aceptada por las FF.AA. para evitar a mediano plazo la profundización de la crisis política, la radicalización de las masas, y la emergencia de la Izquierda y del MDP como alternativa viable al punto muerto a que ha llegado la dictadura militar. Lo que para las FF.AA. constituye el mayor peligro, que hay que evitar a toda costa.

Esto nos lleva a analizar con mayor profundidad la naturaleza intrínseca de la salida de centro, más o menos matizada hacia la derecha que, pese a las dificultades que encuentra para viabilizarse, es una posibilidad de tránsito a la democracia, que el propio curso de los hechos puede imponer, más allá de la voluntad de la izquierda, de la dictadura y de las fuerzas militares y civiles que la sustentan.

CRITICA DEL PROYECTO CENTRISTA

DE TRANSICION DEMOCRATICA

La tesis que queremos defender consiste en que el proyecto político, económico e ideológico que subyace tras la propuesta centrista, es inviable en Chile a mediano plazo. O sea, que a nuestro juicio, es imposible que sobre los supuestos en que descansa ese proyecto centrista, pueda en nuestro país consolidarse un régimen realmente democrático estable, que sirva de marco para un progresivo desarrollo económico y social hacia más avanzadas formas de convivencia social.

Desde luego hay que dejar sentado que hay en Chile un consenso básico y explícito entre las fuerzas consecuentemente opositoras de centro y de Izquierda, en reconocer como objetivos centrales y comunes de toda la oposición democrática, uno, la salida de Pinochet y el término del régimen militar; dos, la constitución de un Gobierno de transición ampliamente representativo de las fuerzas antidictatoriales; tres, la recuperación por el pueblo de su soberanía a través de elecciones libres y sin exclusiones, y, cuatro, el abandono definitivo del modelo monetarista con la mira de promover la reactivación económica y la redistribución del ingreso, a través de una acción decidida del Estado en el marco de una economía dirigida a satisfacer las necesidades básicas de la población y no las exigencias del mercado.

Sobre eso hay consenso entre la Alianza Democrática y el MDP y las otras fuerzas opositoras de Izquierda que se encuentran entre ambos, agrupadas en el Bloque Socialista, y hasta en sectores de la propia derecha.

Sobre estos consensos sería posible construir un Gran Acuerdo Democrático Nacional, expresado en la base social y en sus referentes políticos, que interpretaría plenamente a la inmensa mayoría de los chilenos, y en especial a las clases populares y los sectores medios productivos y no productivos más duramente golpeados por la crisis económica y por el régimen represivo militar.

Pero hasta ahora ha sido imposible configurar esa amplia y no excluyente coalición democrática, por la negativa de la Democracia Cristiana y otros partidos de la Alianza Democrática -a veces clara y tajante, a veces vergonzante y ambigua-, pero negativamente siempre a conformar ese gran concierto político democrático. Con ello se obstaculiza el avance y la lucha unitaria de las fuerzas opositoras que, coaligadas serían visualizadas por la opinión pública como una alternativa fuerte y viable de reemplazo al régimen militar. La actitud excluyente y discriminatoria de la DC frente a la Izquierda agrupada en el MDP, condiciona la existencia de una oposición bicéfala, no obstan'e los acuerdos puntuales para acciones comunes de carácter coyuntural. Y esa brecha entre el centro y la izquierda, debilita a la oposición en su conjunto e impide la constitución de una mayoría democrática coherente y unida, tanto en su conducción política como en la base social.

Es interesante destacar que cada vez más en el llamado Bloque Socialista, se fortalecen las tendencias favorables a la reconstrucción unitaria y renovada de la Izquierda, acercándose a las posiciones del MDP.

Con esta política centrista discriminatoria con la Izquierda, se ayuda al régimen a sobrevivir, prolongándose innecesariamente su agonía y se hacen más profundas las diferencias entre el Centro y la Izquierda, contribuyéndose así a que se produzca la anterior disposición en tres nucleamientos partidistas de las fuerzas políticas chilenas. Disposición ésta que demostró, ya a fines de los años 60, su ineficacia y disfuncionalidad para la estabilidad de la democracia y el progreso económico y social.

Esta disposición tripartita de fuerzas divide al campo popular y entorpece la cristalización en la práctica de una correlación de fuerzas desfavorable a la dictadura, que es condición y supuesto de su derrota política.

Pero hay más. Esta disposición de fuerzas políticas proyectada hacia el futuro, impedirá también la consolidación de la democracia y su estabilidad, creando condiciones para nuevas incursiones antidemocráticas de las FF.AA. en la política, sobre la base de la dispersión y el antagonismo entre las fuerzas democráticas. Lo que por lo demás ya ocurrió en 1973 y fue factor decisivo en el éxito del golpe contrarrevolucionario.

Detrás de esa terca negativa, sobre todo de la cúpula dirigente de la DC y otros partidos de centro, a aceptar el llamado para constituir un Gran Acuerdo Democrático Nacional, se esconde y se manifiesta a la vez, el rol objetivo que las clases medias y la pequeña burguesía tienen en la sociedad y adoptan frente a la lucha de clases, y el papel que se autodesignan en el sistema político.

La razón esencial de este comportamiento político de la cúpula superestructural de los partidos de centro chilenos, y en especial de la DC, reside en que no han asumido la realidad de la contradicción fundamental de la sociedad contemporánea, entre el capital y el trabajo, entre el capitalismo y el socialismo, contradicción que sobredetermina a todas las otras, pero que se manifiesta en formas diversas en los distintos escenarios sociales. Por ejemplo, en Chile ahora, esa contradicción fundamental toma la forma de una contradicción entre democracia y dictadura, la que pasa a ser, en consecuencia, la contradicción principal en el período, cuya resolución es previa y supuesto para que se resuelvan después todos los otros conflictos en que pueda expresarse aquella contradicción fundamental.

Al ignorar esa contradicción fundamental, el centro político se queda al nivel de las apariencias en que ahora aquella se refleja. Esto significa sobredimensionar el valor de la democracia como respuesta integral a la crisis chilena, de la que es condición necesaria, e imprescindible, pero no suficiente. Por tanto, la instalación de la democracia es incapaz por sí sola de resolver los conflictos que subyacen en lo más profundo de una sociedad capitalista, raquítica, deformadora y dependiente. Esta idealización de la democracia conducirá a la desilusión y a la frustración, cuando la práctica demuestre que el restablecimiento del Estado de Derecho, el respeto a los derechos humanos y la recuperación de la soberanía popular, refractados por la lógica de clase del sistema capitalista, siendo aún valores absolutos e irrefractos y no meros instrumentos para acumular fuerzas, no son capaces "per se" de apuntar a la solución del conflicto esencial de nuestra época histórica. Conflicto que mientras no esté resuelto, se manifestará en una u otra forma en la superficie de la vida social.

La relación entre la democracia formal y la utopía democrática integral que el hombre va construyendo en la historia, es la que existe entre lo relativo y lo absoluto, cuya diferencia como anota Lenin, no es más que relativa, pues siempre hay algo de absoluto en lo relativo. La democracia formal -en nuestro caso, lo relativo-, lleva en su seno algo de absoluto. Y eso lo hemos vivido los latinoamericanos, al vernos privados -bajo la dominación militar fascista- del valor que significa la legalidad y el reconocimiento de los derechos humanos, y quedando sujetos a la arbitrariedad y al terrorismo de Estado.

Pero volvamos a nuestro tema. En el diseño del proyecto político excluyente y divisionista del Centro político, consecuencia de no asumirse en toda su profundidad la lucha de clases, se

refleja una percepción subjetiva de la realidad que la distorsiona y en la que ese centro político se atribuye el carácter de árbitro entre intereses sociales antagónicos, y de promotor de un interés común que estaría por encima de todos los demás. Este razonamiento lo lleva a percibir como oposición principal en nuestra sociedad, la que se genera entre ese centro arbitral, moderador y consensual, y los sectores políticos extremos reacios a subordinarse en función del logro de ese presunto bien común y decididos a hacer primar su interés corporativo, grupal o partidista por sobre el interés general. Esos sectores políticos extremos lo serían en Chile hoy, los fascistas y ultraliberales autoritarios a la derecha, y los marxistas-leninistas, comunistas y prosoviéticos a la izquierda. Esta línea de pensamiento se refuerza a su vez, con la identificación que se hace de los supuestos extremos, con el violentismo, el terrorismo y las conductas antidemocráticas, lo que llega a justificar incluso, para algunos, la exclusión de los sectores "extremos" del sistema político.

Este burdo maniqueísmo que identifica en política al centro como "lo bueno", y a los "extremos", como "lo malo", encuentra sus raíces sociológicas y psico-sociales en la óptica cognoscitiva que emerge desde la posición que ocupan y el rol que cumplen las llamadas capas medias en la sociedad moderna. No es aquí la oportunidad para profundizar esta dimensión gnoseológica del tema.

Para que este arbitrario esquema de interpretación socio-política funcione, es menester que existan esos extremos y además que sean percibidos como negativos e indeseables. Y si no existen o no es fácil que su imagen sea negativa para la opinión pública, hay que adecuar la realidad a la imagen que se necesita, enfatizar lo que opone a los extremos con relación al centro y lo que los asemejaría entre sí, para lo que los conceptos de "totalitarismo", "violentismo" y "terrorismo", cumplen adecuadamente su rol.

Bien se comprende como esta percepción ideológica de la realidad social la falsea absolutamente e identifica nada menos que a la Revolución con la contrarrevolución, asignándole a la primera los caracteres negativos de esta última, sobre la base del más superficial enfoque empírico-positivista de los hechos. En sus últimas consecuencias, esta percepción de la realidad conduce a legitimar a la violencia institucionalizada y a ilegítimar la respuesta popular para combatirla.

Este enfoque de la realidad sirve a las mil maravillas para obstruir y dificultar la unidad de todas las fuerzas democráticas chilenas, favorece en consecuencia a la permanencia de la dictadura y retarda el advenimiento de la libertad y de la democracia.

INVIABILIDAD DE LA DIMENSION ECONOMICO SOCIAL DEL PROYECTO CENTRISTA

Traducida esta visión ideológico-política de la realidad, subyacente en el proyecto de centro, al plano económico social, ella se expresa fundamentalmente en la idea de que para hacer frente a la desastrosa herencia que dejará la dictadura -una economía en ruinas y una sociedad desarticulada-, hay que reconocer la necesidad de un periodo de emergencia en el que "los extremos" -en este caso la derecha económica y el mundo del trabajo-, resuelvan postergar la satisfacción de sus intereses corporativos, en aras del interés común de la sociedad, a fin de que el Estado pueda reactivar la economía, redistribuir el ingreso, incrementar la inversión pública y poder servir la deuda externa en condiciones compatibles con poner en marcha a la economía hoy semi-paralizada.

Para la propuesta de centro, esta política arbitral contempla también concesiones a las clases potencialmente conflictivas. Como este proceso de reactivación mantiene en lo sustancial la estructura capitalista de la sociedad, supone que el sacrificio que se solicita de los agentes económicos privados no elimine el incentivo del lucro como motor de su actividad e implica por tanto un régimen que no sólo garantice su seguridad sino le dé también al capital privado margen para obtener ganancias razonables. Como se parte de la base, que la clase obrera, campesinos y capas medias han sido especialmente perjudicados por el experimento neo-liberal, es también indispensable mejorar su nivel de ingresos, con cargo a las utilidades de las empresas, con lo que adicionalmente se logra aumentar la demanda efectiva de la población y ampliar el mercado para la industria doméstica, hoy decaída por la disminución del poder de compra de la población. Este mejoramiento del nivel de ingreso de los sectores postergados, a su vez debería regularse de manera de no alcanzar niveles que desincentiven a la actividad privada o desataran incontrolables presiones inflacionistas. Como la práctica neo-liberal ha demostrado la incapacidad de los agentes económicos privados para levantar una economía pujante, el Estado debe reasumir su tradicional papel en Chile de promotor de la actividad económica y de agente de acumulación, y de dueño y gestor incluso, en algunas áreas estratégicas de la economía, con las consiguientes limitaciones al ejercicio de la actividad empresarial privada.

Todo este proyecto económico social, se concibe en el marco de una democracia política, sin exclusiones ni proscripciones. Pero debe ser conducido e implementado por un Gobierno, en el que no participaría ni la derecha ultraconservadora ni tampoco la izquierda agrupada hoy en el MDP. El Gobierno descansaría en los partidos de centro, y promovería entre empresarios y trabajadores un Pacto Social, por el cual ambos sectores limitarían sus reivindicaciones corporativas y otorgarían un mandato de confianza al Gobierno de centro, para que éste pudiera llevar a cabo y culminar la transición. Las FF.AA., depuradas de los responsables de conductas delictivas, volverían a sus cuarteles a cumplir su deber profesional, obedientes como antes al Poder Civil.

Desde luego, este diseño del proyecto de Centro -sustentado como fuerza política principal en la Democracia Cristiana- no es sino el intento de hacer resucitar en Chile el modelo desarrollista-populista, el llamado Estado de compromiso que predominó en el país durante los cuatro decenios anteriores al golpe militar que derribó al Gobierno de la Unidad Popular, con algunas modalidades especiales.

Ahora no se quiere incurrir en las deformaciones estatistas y burocráticas de que habría adolecido el modelo desarrollista-populista en Chile, con su cortejo de ineficiencias y distorsiones. El Estado actuaría más por vía indirecta que por intervención abierta en el campo económico. No se caería en el extremo de sobreproteger a la industria ineficiente y de generar por esta y otras vías artificiales encarecimiento del costo de la vida. Habría también una mayor preocupación por la magnitud y uso del gasto público y más ponderación en la política de créditos y remuneraciones, para evitar el desate de un proceso inflacionista y sus efectos desorganizadores en todo el sistema económico, con sus diversos efectos desestabilizadores en lo político.

Esta moderación en el comportamiento del Estado, en relación al periodo anterior al golpe, se corresponde con suponer una mayor "racionalidad" en el comportamiento de las distintas clases y fracciones de clases, reflejada en su disposición a admitir el papel arbitral del Estado de compromiso cristalizado en el llamado Pacto Social -a la manera del Pacto de la Moncloa, que facilitó la transición democrática en España-, y que juega en este proyecto centrista chileno un papel clave para darle viabilidad.

Al respecto habría que observar, que entre las condiciones que hicieron posible el Pacto de la Moncloa hay que registrar que aquel se logró cuando todavía España se encontraba inmersa en el clima expansivo de la economía mundial, antes de que se produjera la actual crisis recesiva, de manera que se solicitaban sacrificios a un empresariado y a una clase obrera todavía recibiendo los efectos positivos del gran "boom" de post guerra de la economía mundial.

En Chile, la transición se instala en el marco de una profunda depresión económica que asumió en nuestro país, por responsabilidad de los "Chicago boys", una intensidad mucho mayor que el término medio mundial y latinoamericano. Idealmente esto legitimaría incluso, mayores sacrificios, pero en la realidad es todo lo contrario. La magnitud y la fuerza de las justificadas demandas insatisfechas durante el decenio dictatorial, van a originar -en las condiciones políticas explicitadas en el modelo- mayores e irresistibles presiones de todas las clases que han sido perjudicadas y que son la inmensa mayoría del país.

El suponer en Chile la repetición del episodio de la Moncloa, y todavía promovido por un gobierno que excluye de su composición al sector más representativo y combativo del movimiento popular, es a nuestro juicio una utopía.

Para visualizar la situación previsible que analizamos, pensemos un momento en las demandas de los cesantes, que van a exigir trabajo, en los pobladores sin casa que van a reclamar su techo, en los sufridos campesinos, quizás los más golpeados por el régimen militar, pidiendo la entrega de sus tierras que la dictadura devolvió a los latifundistas, etc.. En el caso supuesto que las directivas políticas y sindicales representativas de esos sectores se decidieran a suscribir compromisos como los que se les piensa solicitar, ellas serían obviamente desconocidas y sobreapadas por la presión de la base social, movilizada en plenitud en el nuevo clima de libertad de una democracia recuperada.

Lo mismo vale para el sector empresarial. La demanda por créditos, reprogramación del servicio de las deudas, protecciones aduaneras, etc., se desatarán también con semejante fuerza que la proveniente del mundo del trabajo.

Y la estructura del Gobierno de transición que se plantea por el centro político no tiene la fuerza ni la homogeneidad ni el liderazgo necesarios para poder resistir esas presiones. Todo es to, agravado todavía por la insoportable constricción que significa el tener que servir una deuda externa de la magnitud de la chilena.

Pero el problema es más de fondo. Ascendiendo a un nivel más abstracto de reflexión, cabe preguntarse si en las actuales condiciones, el modelo desarrollista-populista, en el marco de un Estado democrático de compromiso, apoyado fundamentalmente en las capas medias, es idóneo para reinstalar y consolidar la democracia chilena y permitir avanzar hacia la reconstrucción de la sociedad chilena en términos de libertad política, de progreso económico y justicia social.

Nuestra tesis es que aquello no es posible. Aún dejando de lado las dificultades de ingeniería política para poder configurar en los hechos este proyecto centrista -a lo que aludíamos en páginas anteriores- y suponiendo que llegara a viabilizarse su puesta en marcha en su doble dimensión, ideológico-política y económico-social, nuestro diagnóstico es pesimista en cuanto a sus resultados.

Fundamentaremos este juicio. El proyecto centrista para resolver la crisis económica a que ha conducido al país la dictadura, tiene que partir, como cualquier otro proyecto alternativo, de un dato de la causa: el proceso de recuperación económica se inscribe en el cuadro de una recesión económica mundial, con una industria desmantelada y desprotegida, y la que subsiste, con una considerable capacidad ociosa, con una muy desigual distribución del ingreso y por consiguiente, con una demanda muy decaída. Todo tras un decenio en el que ha habido escasa o nula inversión productiva; con una estructura de la oferta distorsionada por la estructura de la demanda, determinada a su vez por la concentración de la riqueza en un reducido sector de la población; con una deuda externa cuyo servicio excede a la capacidad de pago del país y

con un aparato del Estado disminuido en cuanto proveedor de servicios básicos a la población e hipertrofiado en cuanto sostén de un costoso sistema militar y represivo.

Una economía debilitada y deformada, como la que se describe, en condiciones democráticas como las que postula el modelo que analizamos, será objeto de un conjunto de exigencias económicas que el proyecto legítima y aspira a satisfacer.

Cuáles son esas exigencias.

En primer lugar, las provenientes de la necesidad de expandir el gasto público para finalidades tanto económicas -crédito, inversiones directas e infraestructura- como sociales -educación, salud, vivienda y creación de nuevas plazas de trabajo-.

En segundo lugar, las provenientes de la urgencia por redistribuir más equitativamente el ingreso en favor de la población trabajadora, a través de alzas de las remuneraciones, las que por otra parte incrementarán la demanda efectiva y presionarán para satisfacerla a la debilitada estructura productiva.

En tercer lugar, las provenientes de la imperiosa necesidad de aumentar la tasa de acumulación -ahora en los niveles más bajos de esta centuria-, con el fin de hacer posible las requeridas inversiones públicas y privadas.

En cuarto lugar, las provenientes de la necesidad de servir la deuda externa, cuya magnitud ya hemos señalado.

Todas estas exigencias serán apoyadas por una fuerte presión social de los sectores sociales interesados y cuya adhesión al Gobierno democrático es fundamental para darle estabilidad.

Y, lo que es decisivo, todo esto en el marco general de una economía capitalista, en la que el predominio de las leyes del mercado es dominante. Esto significa que la orientación de las inversiones estará condicionada por la estructura de la demanda efectiva, a su vez determinada por un patrón de distribución del ingreso que debe ser compatible con el funcionamiento de una economía cuyos agentes principales lo seguirán siendo privados. Lo que a su vez se corresponde con los patrones de consumo que reflejan la escala de valores prevalecientes de este tipo de sociedad. Esto significa desde el punto de vista de la asignación de recursos una quinta fuente de exigencias que es necesario satisfacer. Parte considerable del ingreso nacional necesariamente deberá ser utilizado a satisfacer necesidades provenientes de los patrones de consumo de los sectores de altos ingresos, con el consiguiente mal uso de los recursos humanos, materiales y financieros que se destinen para dichos efectos. Este condicionamiento del modelo es inmodificable, si se quiere que sean los agentes privados el motor principal de la actividad económica, lo que hace necesario se respete un umbral que asegure la reproducción del sistema, de acuerdo con la lógica económica y valórica que emane del sistema

social, y que está signada por su disfuncionalidad con la satisfacción prioritaria de las necesidades básicas de la población.

Dados estos parámetros económico-sociales del proyecto centrista -y los supuestos políticos democráticos y excluyentes a la vez-, creemos con certeza que la debilitada economía nacional es incapaz de satisfacer estas simultáneas exigencias económicas, y que la precaria sustentación política del eventual Gobierno, a su vez es incapaz de resistir con éxito las diferentes presiones sociales que se desatan y poder compatibilizar la satisfacción de requerimientos tan contradictorios.

Esta incapacidad del sistema político para enfrentar estos desafíos se reflejará, o en el colapso del sistema, o en el intento de buscarle una salida dentro de sus propios marcos.

El colapso del sistema se produce como consecuencia de la creación a corto plazo de condiciones para la gestación de otra sonada militar contrarrevolucionaria, a pretexto del desorden e inseguridad social y económica y del desgobierno.

Y la salida a esa situación dentro de los márgenes de la propuesta centrista -si no se quiere entregar en los hechos las decisiones económicas y políticas al capital monopolista aliado a los intereses imperialistas-, no es otra que resignarse a aceptar como política un abultado déficit fiscal y un acentuado desequilibrio de la balanza de pagos con su secuela necesaria: la desvalorización monetaria y la reincidencia en nuestra tradicional espiral inflacionista. Todos sabemos que esta salida es aparente y no real y sus perversas implicancias sociales, económicas y políticas las debemos tener presente, porque fueron causantes decisivas en la quiebra de los regímenes democráticos en el Cono Sur, y preludio del advenimiento de las dictaduras fascistas neo-liberales.

Es cierto que en un primer tiempo la presencia de capacidad ociosa en el plantel industrial, el relativamente bajo piso inflacionario que se heredará -si se lo compara con el caso argentino-, y una eventual buena voluntad de los gobiernos de los países acreedores, pueden proporcionar al régimen de transición o al que lo suceda -si éste también se inspira en el proyecto centrista-, algún respiro y libertad de maniobra para comenzar a implementarlo. Pero este tipo de relativo alivio será breve. Por eso afirmamos que el proyecto centrista, que la resurrección en Chile del modelo desarrollista populista, tiene "techo bajo", y ya hemos explicado porqué el intento de darle viabilidad económica y estabilidad política a través de un Pacto Social -como el que postula la Democracia Cristiana-, no es posible llevarlo a la práctica en la dirección y con el condicionamiento político excluyente de la Izquierda, con que se lo plantea.

Pensamos, en síntesis, que la eventual aplicación de esta salida política centrista a la crisis del régimen militar, conducirá en términos de muy pocos años -o antes- a la reproducción de

un cuadro de inquietud y descontento laboral, de desorganización y desequilibrio económicos, de agitación e inseguridad social. Este cuadro, repetimos, de todos conocidos, es la antesala para la derechización del proceso de transición, ya sea por el expediente de encubrir su contenido contrarrevolucionario con un ropaje formalmente democrático, pero en su esencia represivo, o simplemente, por la generación de otra nueva versión contrarrevolucionaria fascizante desmascarada, con abierta intervención militar. Es el riesgo de "argentinizar" en el futuro la política chilena, ya que el proyecto centrista no contempla la transformación radical y democrática de la naturaleza misma de las FF.AA. tradicionales.

LA SALIDA DEMOCRÁTICA REVOLUCIONARIA

A LA CRISIS DE LA DICTADURA MILITAR

¿Significa todo este negativo pronóstico de la trayectoria de una eventual realización del proyecto centrista que no haya otra salida democrática posible para Chile?

De ninguna manera. Creemos que esa salida virtualmente existe, en las condiciones concretas del Chile de hoy. Y repárese, hablamos de una salida democrática, que dé cuenta y responda a la gran demanda nacional de "Democracia ahora". No hablamos de una salida socialista para hoy, ni de ninguna respuesta utópica o verbalista a la problemática concreta con que nos enfrentamos.



Reiteramos: la contradicción principal en Chile es democracia o dictadura militar. Y a eso hay que contestar. El núcleo conflictivo de clase de la sociedad contemporánea, y por tanto de Chile, que subyace como trasfondo de nuestras dificultades, se irá resolviendo a través de la forma como podamos responder a ese problema actual, concreto, y apremiante que siente y vive el pueblo de Chile: cómo sacar a Pinochet, poner término al régimen militar y recuperar la democracia y la soberanía para el pueblo.

La respuesta es simple, como lo son siempre las grandes verdades: construir en Chile un sujeto político, una fuerza política dirigente que sea capaz de orientar, organizar y conducir al movi-

miento social ya desencadenado, que es ampliamente mayoritario en el país y que carece ahora de suficiente dirección. Lo que supone, simultáneamente y a nivel estrictamente político, desarrollar las instancias políticas unitarias existentes con esa orientación consecuentemente democrática. Consecuente, en el sentido de su amplitud, que debe abarcar el amplio espectro social y político antidictatorial, neutralizar a los sectores vacilantes, aislar a lo poco que le queda de apoyo a la dictadura y aprovechar las diferencias y antagonismos en su seno, para debilitarla cada vez más y poder así lograr en los hechos una correlación de fuerzas sociales y políticas abiertamente favorables a la recuperación y renovación democráticas.

No queremos aquí insistir en algo que se repite con majadería, que es la verdad principal en que descansa una salida democrático-revolucionaria a la crisis del régimen: el papel determinante que el pueblo movilizado, la lucha de masas tiene en la viabilización de este proyecto. Y ello por una razón muy sencilla. Es un hecho que esa movilización social existe, que el estado de ánimo de las masas es combativo e insurgente. Los acontecimientos de los últimos meses lo demuestran.

Pero esa materia prima para empujar un proyecto consecuente mente democrático, carece de la necesaria organización, atractivo y conducción para volcar la correlación potencial de fuerzas a su favor.

Pero no existe sólo esa materia prima energética que emana de la movilización social.

Existe también un cuerpo de ideas y de objetivos programáticos para la transición, no sólo consensual en la Izquierda nucleada en el Movimiento Democrático Popular e incluso en el Bloque Socialista, sino también compartido en lo sustancial por las expresiones orgánicas del movimiento social. Mencionaremos sólo al Comando Nacional de Trabajadores, que agrupa a todas las organizaciones sociales antidictatoriales, y a la Coordinadora Nacional Sindical, la principal central laboral que integra ese Comando, para no mencionar a la vasta red de entidades de toda índole que se han generado en la lucha, y cuyos planteamientos programáticos son, reitero, absolutamente consensuales, desideologizados y ponen el acento en lo que une, que es mucho y lo principal, dejando para después lo que en el futuro puede ser controvertible. Hay en esto un considerable avance en la conciencia política chilena, un mayor realismo y pragmatismo, que teniendo también un aspecto negativo en cuanto favorece su manipuleo por las fuerzas crististas, ayuda en términos de la Izquierda a combatir y derrotar al diversionismo ideológico y al bizantinismo teorizante que tanto perjudica a los proyectos unitarios.

A la existencia de esa energía social, considerable y combativa, hay que agregar pues, el consenso programático como elementos condicionantes de la Unidad. Ese consenso penetra hacia el centro y es compartido por la mayoría de la base social de los partidos de la Alianza Democrática y por las corrientes más evolucionadas del Bloque Socialista.

Pero, ¿existe alguna orgánica que sirva como referente político inicial, al menos, del movimiento social y en la que cristalice ese consenso programático?

Sí existe. Es el Movimiento Democrático Popular y potencialmente todo el espectro de Izquierda que converge cada vez más con él. Allí han confluído las fuerzas políticas más profundamente enraizadas en el pueblo chileno y en su tradición de lucha, y que la dictadura fue incapaz de destruir. Allí convergen fuerzas que representan las más importantes vertientes políticas, ideológicas, culturales y orgánicas que componen la Izquierda Chilena.

Pero indiscutiblemente el MDP, que es instintivamente sentido por el pueblo como su referente político privilegiado, no es capaz hoy de vertebrar, organizar y conducir al vasto movimiento social antidictatorial desatado en el país, ni tiene por sí solo la fuerza para derribar al régimen militar. Representa al tercio de Izquierda consecuente del arco político chileno. En consecuencia, para superar esa esterilizante disposición tripartita de nuestro cuadro político que por inercia tiende a mantenerse, hay que romperlo, y construir un más vasto y robusto sujeto político, capaz de llevar adelante el programa democrático avanzado sobre la base de la gran mayoría democrática nacional.

¿En qué radica la importancia de crear ese sujeto del proceso de transformaciones democráticas que represente realmente a las mayorías nacionales y para cuya construcción existen, como hemos visto, los ingredientes sociales, ideológicos y políticos que lo hacen viable como gran proyecto de forja de una fuerza dirigente de la Revolución Chilena?

Su importancia fundamental consiste en que habiéndose constituido como sujeto político, como agente real, unitario, movilizador y conductor de las grandes mayorías nacionales, es posible plantearse un tipo de Pacto Social distinto del que propone la DC y el centro político. Un pacto -que el MDP denomina Gran Acuerdo Democrático Nacional-, que no esté dirigido a la imposible conciliación de intereses de clase -en su esencia incompatibles, y en la coyuntura, utópico-, sino que se encamine a resolver estratégicamente ese conflicto de clase, de manera progresiva, comenzando por la reimplantación y renovación democrática de Chile, en lo que coincide la enorme mayoría del país y para lo cual hay fuerza potencial para imponerlas. Fuerza no sólo reflejada en mayoría numérica, expresada electoralmente, sino fuerza en términos orgánicos, políticos e ideológicos, lo que tiene su proyección en el plano militar, ya sea en términos de capacidad para responder con la violencia revolucionaria y organizada de masas a la violencia contrarrevolucionaria, ya sea por el impacto de esa fuerza en el seno de las FF.AA. tradicionales. No para convertirlas en realmente democráticas, lo que es imposible, sino para neutralizarlas o debilitarlas en su incidencia política.

La fuerza y amplitud que requiere ese sujeto político debe provenir de la unidad y organización de las mayorías nacionales, alrededor de un Programa democrático de consenso para la transi-

ción, y debe estructurarse alrededor de quienes en la práctica más espeno pongan en su construcción, más homogéneos sean en su pensamiento y más organizados y resueltos se comporten en la lucha contra la dictadura.

Esa fuerza orientada y conducida por quienes más consciente mente la promuevan, está en condiciones de alcanzar la hegemonía dentro del campo popular y de lograr el máximo de acumulación de fuerzas de toda índole, para hacer real la potencial correlación social y política ampliamente favorable para la oposición, y para lograr por esa vía, la primacía de las tendencias más consecuentemente democráticas, en el seno de la coalición antidictatorial.

¿Es posible avanzar en esa dirección y arrastrar a los partidos de centro y sus referentes sociales en que ellos influyen, hacia la conformación de ese Gran Acuerdo Democrático Nacional?

Sí, es posible. Desde luego, y aunque sea redundante, porque en la base social esa coincidencia en la práctica y en el programa se está dando, y yo diría más, está dada: allí está el Comando Nacional de Trabajadores, como expresión más lograda de ese acuerdo en el plano social. Y en el plano estrictamente político, las mayorías de las bases populares y muchos líderes sociales de la democracia cristiana y del radicalismo están también en disposición para avanzar en esa línea de unidad y lucha.

En esto radica, por otra parte, la debilidad intrínseca de la combinación centrista Alianza Democrática, en la cual hay una fuerte tendencia que empuja más y más hacia el logro del Gran Acuerdo Democrático Nacional, Oposición Nacional Unida, o como que se llamará.

Para que esa tendencia hacia la unidad con la Izquierda y por la Izquierda llegue a ser dominante en el Centro político, es menester que la expresión orgánica de la Izquierda, el MDP, alcance un nivel superior de conciencia de su rol, de unidad en su conducción, de amplitud y atracción en su convocatoria y de combatividad organizada en la calle y en los frentes concretos de lucha.

Sólo una correlación de fuerzas favorable a la democracia, percibida como tal por la opinión pública y por los sectores vacilantes, lograda por el concierto político de todas ellas, puede arrastrar a aquellos a una oposición activa y combatiente.

Sólo en esas condiciones, la opinión pública visualizará la existencia de una alternativa viable a la dictadura, con apoyo social y conducción política unitaria y coherente, de manera de deshacer la imagen de una futura situación caótica como resultado del alejamiento de los militares del Poder.

Sólo en esas condiciones se puede plantear una derrota política de las FF.AA., a través de su ilegitimación frente a las mayorías nacionales y hacer viable la transformación de su naturaleza y de su rol de clase. Lo suyo, vale también para el Poder Judicial, otro de los baluartes del orden establecido y cómplice des

de el primer momento de la dictadura. Se trata de no repetir el grave error cometido por la Unidad Popular durante su Gobierno, de no transformar la estructura institucional del Estado, y en consecuencia, dejar intocado el soporte armado y legal que sustenta al orden establecido.

Y lo que es más importante, sólo en esas condiciones se puede generar la confianza, el crédito público, el liderazgo sobre las masas, de la conducción democrático-revolucionaria, que haga posible que ésta las oriente, y las dirija hacia los objetivos de acuerdos consensuales. No sobre el supuesto de la renuncia por los trabajadores a la satisfacción de sus aspiraciones en aras de metas que no son las suyas -como lo plantean los partidos del Pacto Social-, sino sobre la base de que el real liderazgo y ascendiente alcanzado por la vanguardia política ante las masas, le va ya permitiendo a ésta desde el Gobierno, ir ordenando, planificando, fijando prioridades y urgencias entre las diferentes tareas que vaya exigiendo el cumplimiento del programa democrático, al calor de las exigencias de la lucha contra sus adversarios de adentro y de afuera. Las dificultades económicas se desplazan así al terreno político y es en este plano el único en que pueden resolverse.

Se trata, en otras palabras, de generar, a través de la unidad en la lucha por una salida democrático-revolucionaria, las condiciones que permitan a la vanguardia del movimiento popular conquistar un liderazgo y un ascendiente sobre las mayorías nacionales y luego, ejercer ese liderazgo y aprovechar ese ascendiente para ir desplazando en el tiempo y con las prioridades que el desarrollo del proceso vaya requiriendo, el cumplimiento de los objetivos programáticos, sobre el supuesto irrestricto de garantizar a toda la población las mínimas condiciones para una vida digna y humana. Se trata, brevemente, de construir un capital político suficiente -cristalizado en el liderazgo de la vanguardia-, que haga posible con el apoyo del pueblo organizado, atravesar la etapa más difícil y estrecha de la trayectoria del proceso democrático-revolucionario, en la que éste -combatido desde adentro y desde el exterior-, reclama del pueblo la fe y la confianza en su conducción, la disciplina y la austeridad necesarias para vencer al enemigo de clase e ir pudiendo así satisfacer progresivamente sus legítimas aspiraciones, lo que sólo puede lograrse plenamente en las condiciones generadas por, en y bajo el estímulo de la lucha misma y de sus progresos.

Dicho de otro modo, las "austeridades", "rigores" y "sacrificios compartidos" -que no son sino la expresión de la debilidad económica en relación con la óptica de los proyectos de clase centristas-, son asumidos en la perspectiva democrático-revolucionaria como exigencias del avance del pueblo y como ingredientes del proceso de construcción de una nueva, más rica y más justa sociedad, complementario con el aseguramiento de condiciones dignas de existencia. Contrastando con este enfoque democrático-revolucionario en la perspectiva del socialismo, aparece de manifiesto el trasfondo conservador del proyecto centrista, en que el llamado a

la "paz social" en nombre "del bien común", encubren el no cuestionamiento de la estructura capitalista de la sociedad y su escala de valores y la pretensión de que el sistema socio-político construido sobre ella, pueda ir absorbiendo dentro de sus estrechos márgenes los distintos conflictos sociales, sobre la base de compromisos y conciliaciones, que incluso llegan hasta impedir el funcionamiento y reproducción del propio sistema.

La gran tarea de hoy, pues, consiste en la forja de un instrumento político, de una vanguardia, que está en germen en el Movimiento Democrático Popular y que debe ampliarse al resto de la Izquierda, a fin de que en alianza con las demás fuerzas democráticas, y conquistando en la práctica su hegemonía, se pueda romper el esquema tripartito del arco político nacional y se divida a los chilenos en función de lo que ahora es principal y supuesto para todo lo demás: los que están con la dictadura y los que están por la democracia ahora y sin restricciones.

Para eso hay que reconocer, como se deja dicho, que el MDP, pese al avance que significa en muchos sentidos frente a la versión de la Izquierda expresada en la UP en el pasado, todavía tiene carencias fundamentales que debe superar, si es que se pretende que sea algo más que una reproducción de lo que fue la Izquierda ayer. En primer lugar la base política del MDP debe ampliarse hasta llegar a aglutinar a todas las fuerzas de Izquierda que sustentaron el Gobierno de Salvador Allende, algunas de las cuales a hora conforman o integran otras alianzas políticas.

En seguida esta nueva Izquierda, si de verdad quiere renovarse y responder al desafío a que se encuentra abocada, debe elevar cualitativamente su nivel de unidad, hasta alcanzar, sobre la base del real consenso político que comparten sus diferentes ingredientes, a constituir una conducción única del movimiento popular capaz de ejercer realmente esa conducción y ser percibida como tal fuerza conductora.

Luego, debe la Izquierda avanzar en las acciones comunes en los planos ideológico, de movilización de masas y de materialización de una política rupturista con perspectiva insurreccional, con la consecuente mayor vinculación y concierto orgánico entre sus componentes.

Lo que esto significa en la práctica en materia de optimización del aprovechamiento de los cuadros y recursos materiales y económicos; en ahorro de energías ahora mal utilizadas en competencias, antagonismos y actividades paralelas; en mayor eficacia en la acción y en enriquecimiento mutuo del patrimonio ideológico y político de la Izquierda, todo esto alcanza proporciones de magnitud insospechada. La unidad no sólo une, multiplica. Y es la actual fuerza multiplicada lo que se necesita.

Por último, y en la medida que aumenta su ascendiente en las masas y, al mismo tiempo, para consolidarlo y acrecentarlo, la Izquierda debe encontrar una manera de vincularse estrechamente a

ellas, que excluya su manipuleo y el intento de instrumentalizarlas en función de objetivos partidistas y secundarios. Debe reconocer y respetar la autonomía relativa de las organizaciones sociales, procurando convencerlas y educarlas en la práctica política, y no pretender imponerse por métodos verticalistas y burocráticos.

EL SECTARISMO COMO OBSTACULO PRINCIPAL PARA VIABILIZAR A LA SALIDA DEMOCRATICO REVOLUCIONARIA

Todo lo dicho implica dar un gran salto cualitativo hacia adelante en la Izquierda Chilena. Salto cualitativo que debiera ser la cristalización de su rica experiencia, fecundada por la autocrítica, y la manera de responder a las demandas de democracia, justicia social, unidad y renovación que surgen de la base social y que hasta ahora nadie interpreta fielmente.

Para ello hay que identificar cuál es el obstáculo principal que impide acelerar el proceso de unidad y de acumulación de fuerzas democráticas, dado la existencia ya del suficiente consenso ideológico y programático en el seno de la Izquierda, expresado -aunque insuficientemente todavía-, en el MDP.

A nuestro juicio, el mayor enemigo de este salto cualitativo -sin cuya derrota la Izquierda deberá resignarse a ser una disidencia frente a un gobierno centrista de transición, condenado al fracaso y anticipo de otro período de regresión política-, el gran enemigo de este avance decisivo en el proceso de creación de la vanguardia, y de la construcción de una mayoría democrática nacional, es el sectarismo.

Podemos definir el sectarismo como la desviación del pensamiento y de la conducta revolucionarias que consiste en autoidentificar una interpretación limitada, y un enfoque parcial de la realidad, un partido, tendencia o grupo, con la totalidad de la verdad revolucionaria. De ahí que el sectarismo se confunde con el dogmatismo, en la medida que en el plano teórico esa autoidentificación con la verdad, eleva a la categoría de dogma, una versión abstracta de la realidad, que no da cuenta de su particularidad y complejidad, esterilizando en consecuencia la acción práctica sobre ella. Se trata de un resabio de inmadurez y de subdesarrollo de la teoría y de la práctica de izquierda, que Lenin la calificó como enfermedad infantil del comunismo.

Se proyecta el sectarismo en tres ámbitos diferentes. En el ámbito interior de algunos partidos de izquierda, el sectarismo es la fuente de querellas intestinas y de la emergencia de lo que Lenin llamaba el pernicioso "espíritu de círculo", que hace imposible el funcionamiento del centralismo democrático, y favorece los fraccionalismos, la fragmentación de los partidos y la dispersión y la impotencia de las fuerzas sociales que éstos interpretan.

El sectarismo se proyecta también en las relaciones entre los propios partidos de la Izquierda, en la medida que cada uno de ellos se sobrevalora con relación a los demás, desconociendo el aporte específico, mayor o menor, que cada uno de ellos puede entregar al conjunto, haciendo primar la estrecha lógica partidista por sobre la lógica de la totalidad, expresión del interés común objetivo de la clase obrera y del pueblo.

Se proyecta el sectarismo igualmente en las relaciones de la Izquierda con las otras fuerzas democráticas con las que hay que converger en lo que les es común, para incentivar su inserción en la tendencia democrática revolucionaria. Se olvida en este caso cual es el enemigo principal y se eleva a la categoría de cuestión de principios, contradicciones que ahora son secundarias, y que las va a ir resolviendo el avance del proceso democrático revolucionario y no el diversionismo ideológico. Se olvida que con esos aliados en la lucha democrática, hay que afirmarse en lo principal que nos une, y no en lo secundario que nos divide, con la mira incluso de ir coincidiendo en la lucha común, hasta integrar los en el torrente democrático revolucionario, como ha ocurrido en las experiencias latinoamericanas de revoluciones triunfantes.

Pensamos pues, que así como en el contexto de la lucha de clases en Chile es hoy la dictadura militar el enemigo principal, en el contexto interno de la Izquierda y de las fuerzas revolucionarias de orientación marxista, es el sectarismo el enemigo principal, el que ahora dificulta la forja de la vanguardia, de la fuerza dirigente de la Revolución Chilena, condición necesaria para viabilizar una salida auténtica y consecuentemente democrática a la crisis del régimen militar y para poder orientar la transición hacia la conformación de un nuevo escenario político, que no sea la mera reproducción de un pasado definitivamente ido, sino preludio e inicio, al mismo tiempo, del proceso de construcción del Socialismo.



LA SITUACION ACTUAL Y LAS PERSPECTIVAS UNITARIAS DEL MOVIMIENTO SINDICAL CHILENO

Hernán del Canto

En la perspectiva de la futura democracia chilena, es indiscutible para todas las fuerzas que constituyen la oposición democrática a la dictadura, que el movimiento sindical ha de jugar un papel importante y significativo.

No sólo por el hecho de que a través suyo se expresan, y se expresará mucho más en las condiciones de una sociedad libre, los intereses corporativos de la clase obrera y de los diversos componentes del mundo del trabajo, en general, sino también por el rol que al movimiento sindical le ha correspondido jugar en la lucha contra el régimen militar y por el nivel de conciencia política que han alcanzado sus segmentos o dirigencias más avanzados.

EL PEOR PERIODO DE LA HISTORIA

No es ninguna novedad decir a esta altura de los acontecimientos chilenos, que nunca en la historia del país los trabajadores y en general el pueblo conoció una tragedia social de la magnitud de la actual.

Las estadísticas que son un testigo frío y irrefutable de la catástrofe "organizada" por la dictadura, así lo confirman. El modelo fracasó y con ello todo un proyecto contrarrevolucionario. La víctima principal de ese fracaso ha sido el obrero desocupado, el campesino desalojado de su tierra, el joven sin esperanza de futuro. Las víctimas abundan también entre los profesionales y los técnicos, incluso entre los empresarios que habían apostado y clamado por el golpe.

En estos años la explotación del trabajo asalariado y la disminución de las remuneraciones ha sido una constante. Las estadísticas nos señalan una disminución de la tasa de ingreso entre 1973

y 1984 de más de un 50%, en casi todos los niveles de sueldos y salarios, y un promedio de desocupación superior al 20%, llegando esta última en 1984 a cerca del 32%.

Los zarpazos al sistema previsional y la total desarticulación financiera y administrativa de los mismos, ha sido enorme también en este período. Se han hecho desaparecer viejas conquistas en el campo de la seguridad social. Pero por sobre todo los clanes se han adueñado de los cuantiosos recursos financieros depositados, en decenas de años, por los imponentes.

La tragedia por la falta de vivienda ha crecido como una boya de nieve. Cientos de miles de chilenos carecen de un techo digno y miles viven de allegados o en terrenos conquistados en la lucha.

Y si a lo anterior sumamos la deserción escolar por falta de medios materiales para mantener a los jóvenes en los colegios y escuelas, la mendicidad generalizada que se observa en la mayoría de las capitales de provincias, el aumento de la prostitución en busca de medios económicos para la sobrevivencia de muchas familias, el auge increíble, como no se conocía en Chile, de la delincuencia; muestran un cuadro que es desolador y a la vez fuente de los agudos conflictos sociales que amenazan a la dictadura.

Por otro lado, en estrecha vinculación con el drama social, está el drama de la libertad y de los derechos del hombre. En este terreno el plan de la tiranía fue reducir el rol de los trabajadores a simples objetos del sistema de clase; intentando arrebatar cada uno de los derechos conseguidos en duras batallas clasistas, en las cuales el movimiento sindical organizado jugó en su tiempo el papel dirigente.

Todos conocen los decretos de supresión del derecho de reunión, de asociación, de opinión, de elección en los sindicatos y sus federaciones nacionales. Se sabe de la disolución de la CUT y del SUTE (Magisterio), así como de la mayoría de las organizaciones afiliadas a la Central Unica. Se conoce de la detención y persecución a los líderes más reconocidos del movimiento sindical chileno, incluso de la desaparición de muchos de ellos como Exequiel Ponce y Víctor Díaz.

El régimen intentó además domesticar al movimiento sindical, cuyo método para lograrlo fue primero nombrar a "dedo" a los dirigentes de cada Federación autorizada y después, como ello rindió pocos frutos, intentar construir un sistema sindical despolitizado, atomizado y débil. Usó también la corrupción y el chantaje, hasta llegar en algunos casos al asesinato como sucedió con Tucapel Jiménez, Presidente de la ANEP.

La dictadura en su propósito de reducir al mínimo el rol del movimiento sindical chileno diseñó un plan que se orientó en primer término a eliminar a través del asesinato, los desaparecidos, los despidos laborales y el exilio a toda una capa de dirigentes sindicales comprometida con las posiciones más clasistas y

avanzadas, y en esa misma perspectiva inició una gigantesca ola de despidos de todos aquellos trabajadores que aparecían en cada empresa o servicio, así como en el campo, vinculados al proceso revolucionario del gobierno del Presidente Salvador Allende.

En un escalón no inferior se desató una ofensiva contra los partidos populares centrada en cortar de raíz los vínculos entre ellos y los propios trabajadores, afectando seriamente en todo el primer período del régimen la relación política de las fuerzas revolucionarias y la clase obrera. Unido a esa ofensiva la campaña por despolitizar se hizo sistemática y agresiva, centrada esencialmente en mostrar la ideología marxista como la fuente de todos los males de la sociedad.

Y en un tercer plano, la dictadura militar se propuso desarticular a fondo la unidad del movimiento sindical. Por un lado, utilizó la abundante legislación que para estos efectos decretó y por otro estimuló a los grupos de dirigentes sindicales que conciliaron con el régimen desde el inicio, particularmente de aquellos que asumieron la defensa de la dictadura en los foros internacionales y que en el terreno interno se comportaron moderadamente, a dividir el sindicalismo chileno bajo el fantasma del anticomunismo.

RECOMPOSICION SINDICAL

La recomposición entonces, del movimiento sindical en este contexto represivo se ha hecho extraordinariamente compleja. Sin embargo, el mérito de su reconstitución se inscribe en un proceso de unidad y de lucha, cuya primera cristalización fue el surgimiento de la Coordinadora Nacional Sindical y más tarde -en un nivel superior de concertación- el Comando Nacional de Trabajadores.

El rol del Comando Nacional de Trabajadores en el desarrollo de la lucha antidictatorial ha sido fundamental. Sin exagerar podemos afirmar que ha jugado un papel determinante en lograr que se dé un gran salto de calidad en la acción opositora, convirtiéndose ésta en una oposición masiva, activa y crecientemente radicalizada. En íntima correspondencia con lo anterior, el proceso sindical unitario ha conquistado un inmenso sitio entre los trabajadores, derrumbándose así también el plan del régimen militar.

Todo lo anteriormente expuesto justifica que para el diseño de un Chile democrático avanzado se asigne en él un rol destacado al movimiento sindical, y se comience para ello por examinar cuáles son las tendencias hoy existentes en su seno y la problemática a la que se debe enfrentar en la actualidad y en un futuro próximo.

Estas líneas están destinadas a avanzar en este terreno y promover así una discusión alrededor de esta temática, en la seguridad de que encontraremos respuestas eficaces que alienten aún más la lucha y la unidad de los trabajadores chilenos.

*Podría
ser más*

LAS TENDENCIAS ACTUALES

Sin perjuicio de las evoluciones que se producen en toda sociedad capitalista, globalmente podemos decir que las tendencias actuales en el movimiento sindical chileno se pueden identificar del siguiente modo:

EL OFICIALISMO

Primero. Aunque con siempre menor representatividad -y sin que nunca haya tenido mucha- debemos registrar la existencia en el país de una corriente que se podría denominar "oficialista".

Esta corriente se identifica, al tenor de sus planteamientos públicos y de su comportamiento real, con el proyecto político del régimen. Sus puntos de vista están asociados a un modelo de sociedad y de sindicalismo en el cual la coexistencia entre el capital y el trabajo, o sea entre las clases, constituye piedra angular de su pensamiento y de su conducta.

El sector oficialista adhiere así al modo de vida capitalista y rechaza explícitamente el modelo socialista. Predica la tesis que en toda sociedad hay trabajadores y patrones e incluso argumenta que en el Estado Socialista el patrón es el propio Estado.

Se opone por ello abiertamente a toda transformación de las relaciones de producción capitalista.

En el terreno sindical se pronuncian por un sindicato que de sahucie todo juicio político sobre los problemas generales de la sociedad. Se hacen eco y conculgan con los partidarios de un sindicato al margen de "banderías políticas", dedicado a atender sólo los aspectos sociales de los trabajadores, cuyo formato se aproxima más a una mutual que a un sindicato de clase.

En estrecha conexión con lo anterior predicán en teoría la independencia sindical, aunque su comportamiento práctico -que es la vara que mide su consecuencia- es de plena incondicionalidad con el régimen.

La corriente oficialista desde el ángulo de sus fuerzas reales, es pequeña. Su incidencia sindical alcanza a ciertos sectores de capas medias asalariadas, de escasa representatividad social y política. Y de reducido peso en la sociedad civil.

Sin embargo, es una corriente que posee muchos recursos materiales de procedencia estatal y numerosos medios de información que amplifican sus actividades.

Su incidencia sindical en el primer período de la dictadura fue mayor, pero a partir de la etapa en que las directivas se empezaban a elegir en votaciones directas, la declinación del sindicalismo oficialista los hace desaparecer en la mayoría de las organizaciones sindicales representativas. Esa incidencia se dio así porque el gobierno, a través del Ministerio del Interior y del

Trabajo, designaba a los "dirigentes" de su simpatía y adhesión.

Esta corriente representa en la actualidad un peligro no por su prestigio e influencia sindical, sino por sus nexos con el régimen y por la utilización de esos nexos en el chantaje y la presión económica a los trabajadores, e incluso por los alcances policiales que muchas veces ha tenido esa presión. En ese sentido adoptar una actitud vigilante y de denuncia, así como de lucha ideológica contra el oficialismo, que evite confusiones y conciliaciones impropias del sindicalismo chileno, es una necesidad que no puede soslayarse.

El sindicalismo oficialista es además un peligro por su beligerante posición divisionista, de desarraigo ideológico de clase y por su rabiosa conducta antimarxista. Ellos pregonan a los cuatro vientos que su enemigo fundamental no es el capital, ni la dictadura, ni los empresarios sino los que profesan el ideario marxista, que según su prédica constituyen el mayor peligro para la democracia. Por supuesto que su "democracia" es la democracia protegida de Pinochet.

El hecho que esta corriente disfrute del uso de los medios de comunicación social, le otorga un handicap para su trabajo de confusión y diversionismo ideológico.

EL REFORMISMO

Segundo. Otra tendencia del movimiento sindical chileno es la que se podría denominar "corriente reformista".

Esta tendencia, explícita o implícitamente, aspira a un modelo de sociedad capitalista reformada, con amplias libertades y ejercicio de los derechos del hombre y sus organizaciones, pero manteniendo lo esencial del sistema social capitalista.

Es en el amplio sentido del concepto una corriente sindical reformista, evolucionista. No asumen la necesidad de una transformación de la sociedad, sino plantean como tarea del movimiento sindical el logro de mejores condiciones de vida para los trabajadores, sobre la base de la negociación y la presión social dentro de los marcos del actual orden socio-económico. No reconocen por tanto la necesidad de una revolución que sustituya al régimen de propiedad privada por uno de propiedad social de los medios de producción, en el que el trabajador sea el protagonista fundamental.

Se declaran partidarios de un sindicalismo antidictatorial, democrático y libertario, y a la vez son ellos mismos profundamente anticomunistas. Su vocación democrática es, por tanto muy limitada. Discriminan a las corrientes sindicales influidas por el marxismo o ligadas a una postura política revolucionaria, negando se a coaligarse con ellas y a conformar por tanto centrales sindicales unitarias. Coinciden así en el hecho, aunque con mayor refinamiento ideológico, con uno de los rasgos más reaccionarios de la corriente oficialista.

El anticommunismo se manifiesta en esta corriente, en el factor ideológico conservador que argumenta que el marxismo no es democrático. Y como no es democrático no puede coexistir en una misma entidad social o política con los sectores que se autodefinen como verdaderos demócratas. La debilidad de esta postura es evidente. Mientras los marxistas aceptan y respetan el pluralismo ideológico y la plena libertad de opción en el sindicato, defendiendo a la vez su unidad, la tendencia reformista adjura -en la práctica- de tales planteamientos y devela de ese modo la profundidad de sus concepciones ideológicas, para enfrentarse libremente con otras en el seno del sindicato. Y muestra así que sus posturas son funcionales a los intereses de las clases conservadoras.

Pregonan como modelo sindical lo que denominan las centrales ideológicas, que consiste en que cada trabajador se asocie a un sindicato y a la vez a una Central según sus preferencias ideológicas, y no sus necesidades de clase.

Esta corriente ha dado pasos concretos en la implementación de su modelo sindical, a través de la constitución de la Central Democrática de Trabajadores (CDT). Esta entidad numéricamente representa un reducido porcentaje del sindicalismo nacional. Su influencia radica hoy en ciertos núcleos de empleados fiscales, campesinos, portuarios y transporte. Las organizaciones sindicales representativas que se inclinaban hacia esta corriente, en los primeros años después del golpe, a través de su pertenencia al "Grupo de los 10" y después a la "Unión Democrática de Trabajadores" (UDT), se fueron retirando progresivamente de su seno. Ello se vio reforzado por la victoria electoral que alcanzaron en esas organizaciones los sectores progresistas y unitarios del movimiento sindical chileno.

La UDT, hoy CDT, es una corriente de escasa capacidad de movilización de masas. Su actividad principal la ejerce en el campo de las relaciones públicas y del trabajo internacional. Objetivamente ninguna de sus afiliadas ha mostrado empuje y fuerza de lucha, incluso en el limitado terreno de sus objetivos reivindicativos.

Esta corriente, bajo el nombre de "Grupo de los 10", colaboró en los primeros años con el régimen dictatorial. Asumió la defensa del golpe de Estado en los organismos internacionales y regionales de la OIT. Obstaculizó y se opuso a toda movilización y actividad unitaria del sindicalismo. Contó con enorme cobertura publicitaria para su labor.

Justo es reconocer que posteriormente, a fines del 75 y comienzos del 76, rompió con la Junta Militar y adoptó una posición antidictatorial, aunque su actividad se limitó a un trabajo declarativo y de protestas verbales.

En el terreno internacional esta corriente se alineó desde su constitución en la estrategia sindical de la AFL-CIO, central sindical norteamericana. Incluso a través de los yanquis negoció

el Plan Laboral con Pinochet. La AFL-CIO le presta una enorme colaboración material e ideológica. Decenas de sus miembros concurren a cursos en las Escuelas del Instituto para el Sindicalismo Libre de los Estados Unidos, tanto en Santiago como en los propios Estados Unidos. Colabora públicamente con la Embajada norteamericana en la capital de Chile y a través de ella obtiene orientación para su actividad. Tan abierta es esta colaboración que el agredido laboral de la Misión norteamericana en Santiago, se entrevista regularmente con los dirigentes de la CDT o UDT y concurre a sus eventos o seminarios.

Hoy ya no es ningún misterio que el Instituto para el Sindicalismo Libre de los Estados Unidos y la AFL-CIO prestaron y prestan, incluso contra la opinión de muchos dirigentes obreros de ese país, una apreciable cooperación a la Central de Inteligencia Americana (CIA), como atestiguan las actas del Senado norteamericano en la actividad antidemocrática y contrarrevolucionaria de esa Agencia. Ello desde luego no habla muy bien de los principales proctores de la CDT, o como la llamamos en estas líneas la "corriente reformista".

Finalmente en relación con esta corriente, podemos decir que ella sostiene que el movimiento sindical es, ante todo y por sobre todo, una fuerza de negociación en la sociedad y en la empresa, y que no tiene ninguna misión de ruptura con el sistema y el capital. Afirman consecuente con lo anterior que la lucha de clase es un componente del discurso marxista, plenamente superable a través del acuerdo entre capital y trabajo.

Su práctica sindical entonces se inclina a la mera lucha económica y libertaria.

LA CORRIENTE PROGRESISTA Y UNITARIA



Tercero. La última corriente del movimiento sindical chileno que analizaremos la hemos denominado "la tendencia progresista y unitaria".

Esta corriente desde el punto de vista ideológico y político no es homogénea. Abarca a hombres y mujeres de variadas matrices de pensamiento filosófico, político e incluso religioso. Y ello se corresponde con lo que postulan como modelo de sindicalismo.

Postulan un sindicalismo pluralista, democrático, de clase, ant imperialista y de cambios. Un sindicalismo independiente de toda tutela ajena a sus fines, que re-

conoce la actividad política como plenamente legítima, pero que no confunde los roles diferenciados del sindicato y de los partidos; y que estima que el movimiento sindical asume en la sociedad, a lo menos cuatro mandatos:

1. Ser órganos de defensa de los intereses económicos y sociales de los trabajadores, en las distintas empresas o ramas industriales o productivas en general.
2. Luchar por asegurar la justicia social, la libertad, la paz mundial y el bienestar de los trabajadores.
3. Respalda la lucha por la conquista de la emancipación total de los trabajadores y la transformación progresista de la sociedad.
4. Desarrollar la solidaridad internacional con las luchas de la clase obrera y de los pueblos en los distintos países y en el mundo en general.

Esta corriente comparte la tesis que sin una transformación profunda de la sociedad, no será posible alcanzar plenamente los objetivos del movimiento sindical. Y que los sindicatos deben ayudar a crear las condiciones para esa transformación. Aspira a que el actor principal de los cambios y del desarrollo del país, sea el trabajador.

Esta tendencia se declara en las condiciones del Chile de hoy, antifascista y aboga por la conquista de un sistema democrático y participativo, bajo la dirección de un gobierno de transición de amplia representatividad social y política.

Aboga también por la creación de un pacto de concertación política y social de las fuerzas democráticas, que contribuya a generar la fuerza y la conducción que se requiere para impulsar la derrota de la dictadura.

Se pronuncia por un sindicalismo unitario e independiente, desde el ángulo de los intereses de clase. En este sentido rechaza la teoría de las "centrales ideológicas" y promueve la línea de una amplia unidad sindical de los trabajadores, cuyo sustento ideológico es que los intereses económicos, sociales y políticos comunes de las masas trabajadoras son más importantes que las divergencias sobre algunas cuestiones, incluso acerca del modelo de sociedad a que aspiran las diferentes tendencias.

PODEROSA FUERZA SOCIAL

La unidad sindical para esta corriente está asociada a la estrategia de construir una poderosa fuerza social de los trabajadores, capaz no sólo de conseguir sus objetivos programáticos sino de ser un baluarte en la construcción de un nuevo orden democrático, en el cual las mayorías nacionales, que son los trabajadores,

no son actores de segundo plano sino que ocupan el papel protagonista. Y esta concepción participativa se liga estrechamente a la historia del movimiento obrero chileno, que siempre ha elegido el camino de no concebir el sindicalismo como un mero promotor reivindicacionista, sino a la vez como un decidido motor de las transformaciones de la sociedad.

La unión entre lo reivindicativo y lo político es para esta tendencia sindical, un paradigma de lo que se debe hacer en la lucha obrera y popular.

El pluralismo sindical es otro de los presupuestos políticos de esta corriente progresista y unitaria. El pluralismo entendido como el requisito básico de la unidad de intereses de los trabajadores y también de la democracia en el sindicato. O sea de la posibilidad de la confrontación de ideas y posiciones en un terreno de plena libertad y de decisión democrática.

La lucha contra el sectarismo y la manipulación partidista va asumiendo en el seno de esta corriente preeminencia. Ello es inobjetable si miramos que la experiencia muestra que tales fenómenos en el pasado fueron negativos. El sectarismo, cuya manifestación esencial es atribuirse todas las verdades y el desprecio por las ideas y posiciones de los demás, arrogándose a la vez el derecho de conducir por una especie de "ley natural", es vital de salojar de las prácticas y del trabajo sindical. En el mismo sentido la manipulación partidista genera parcelación y sectarismo, confundiendo muchas veces el sindicato con los partidos. Ello alimenta también la proclividad en muchas ocasiones a reemplazar la democracia interna por acuerdos superestructurales, que genera reacciones de rechazo en la base sindical.

PARTIDO Y SINDICATO

En el interior de esta corriente hay plena conciencia que hay que distinguir diáfanaamente entre el rol de los partidos y el Sindicato en la sociedad. Que ambos tienen un papel que cumplir, que no son contrapuestos y que por el contrario se complementan. Pero a la vez no se confunden en la misión que les corresponde asumir, así como en lo que se refiere a su propia composición militante. En el sindicato participan todos los trabajadores, cualquiera sea su creencia filosófica o religiosa, y en los partidos sólo militan los que adhieren a una determinada posición ideológica y política, sólo para señalar una diferencia sustantiva entre uno y otro.

Esta tendencia sindical es a la vez sólida adversaria de lo que hoy se podría denominar "basismo", ayer "anarquismo", cuya praxis fundamental es negar todo rol a los partidos en la lucha general de los trabajadores. Su tesis consiste en que el sindicato es suficiente como órgano de defensa de los intereses trabajadores, que no hacen falta los partidos. Tales afirmaciones se coluden, en la práctica, con las postulaciones más conservadoras de

nuestra sociedad y con la intención del régimen de sembrar la semilla del apoliticismo y antipartidismo, de modo de poder tener un movimiento sindical moderado y funcional a su sistema.

La corriente sindical progresista y unitaria que analizamos, en el terreno nacional e internacional concuerda, aunque con énfasis y matices diferentes, en que es necesario mantener la autonomía del movimiento sindical chileno. Ello se expresa en la no afiliación de ningún organismo central, llámese CNS o CNT, a una Central sindical internacional y en una política de colaboración con todas ellas, así como con las organizaciones independientes, basado en el respeto mutuo y la cooperación en favor de la lucha democrática de los trabajadores chilenos.

Esta tendencia históricamente ha sido partidaria de insertar su lucha en el concierto de la gran batalla liberadora de los trabajadores y pueblos de América Latina. En ese sentido, en el pasado, promovió la fundación de una sola Central continental, que lamentablemente se frustró como objetivo. Allí nació, no obstante, el Congreso Permanente de Unidad Sindical Latinoamericano, cuya misión fue promover -en un período más largo- un proceso que condujera a esa gran aspiración unitaria, la de construir una sola Central. En igual perspectiva se sumó a los esfuerzos por unificar a las centrales de los países del Pacto Andino, para asumir con mayor eficacia la responsabilidad de defender los intereses de los trabajadores, promover y desarrollar esa iniciativa económica independiente de la región, intercambiar experiencias de carácter laboral y tecnológico y avanzar unitariamente en el proceso de lucha por lograr nuevas conquistas en el campo económico, político y social. Y por último en este mismo terreno, esta corriente ha promovido numerosas iniciativas orientadas a concertar a los trabajadores del área latinoamericana, bajo la premisa que la unidad de los trabajadores es un factor esencial para las victorias sindicales y políticas.

La corriente que hemos calificado "progresista y unitaria" constituye a todas luces la inmensa y abrumadora mayoría del movimiento sindical organizado del país. Se agrupa básicamente en la Coordinadora Nacional Sindical (CNS) y en el Comando Nacional de Trabajadores (CNT). La CNS nace en 1975 y confluyen a ella las principales organizaciones del proletariado industrial y fabril, algunas entidades agrarias, mineras, sectores de empleados públicos y privados. Su núcleo dirigente es el resultado del resultado del acuerdo de la mayoría de las antiguas tendencias sindicales que en el pasado conformaron la CUT. El Comando Nacional de Trabajadores a su vez es un estadio superior del proceso unitario registrado en el país. Allí confluyen no sólo la CNS, sino además la Confederación de Trabajadores del Cobre, la Confederación de Empleados Particulares, el Frente Unitario de Trabajadores y gremios como Petróleo, Transportes, Comercio y otros.

La mayoría de las organizaciones representativas del movimiento sindical chileno son afiliadas de la CNS y del CNT y se extiende en la más amplia gama de actividades económicas, industriales, de servicios públicos, de empleados, del transporte, de la

minería y del comercio. Pero al margen de esa influencia normal, estas entidades centrales unitarias movilizan a importantes sectores no organizados, así como a los chilenos que son superexplotados en funciones como el PEM (empleo mínimo) y POJH (Programa para Jefes de Hogares).

CNT: MAYOR CONQUISTA UNITARIA

El Comando Nacional de Trabajadores y la Coordinadora Nacional Sindical, han sido protagonistas fundamentales de las grandes jornadas de lucha y movilización antidictatorial que se han realizado en Chile. Y ello tiene su explicación, entre otros factores, por su amplitud sindical, por su mensaje de lucha resuelta contra el régimen, por su insobornable posición de defensa de los intereses de los trabajadores y por su decisión de conquistar la libertad y la democracia.

El Comando Nacional de Trabajadores ha puesto de relieve que la conquista de la libertad sólo será posible sobre la base de dos factores plenamente inextricados. Uno, a través de la lucha sin cuartel al régimen hasta alcanzar su caída, en cuyo proceso los trabajadores deben jugar un papel esencial articulando su acción con otros sectores de la sociedad. Y dos, promoviendo la más amplia concertación social y política de las fuerzas antidictatoriales.

En la perspectiva anterior el CNT ha sido el artífice básico y convocante de las movilizaciones nacionales de los dos últimos años y del Primer Paro Nacional en el país. Del mismo modo ha llamado a los bloques políticos opositores a suscribir un pacto de concertación unitario.

Esta corriente sindical ha sido la más perseguida por el régimen. Su independencia de la dictadura ha sido plena, aunque los intentos de sobornar a dirigentes no ha estado fuera de los planes del oficialismo.

La línea que distingue a esta corriente progresista y unitaria es la de concebir el movimiento sindical chileno, como un gran instrumento de liberación de los trabajadores y defensor intransigente de la democracia y la libertad. Un instrumento en el que tienen cabida todos los trabajadores, sin distinción de ideología o credos religiosos. Un instrumento al servicio del progreso y una sociedad justa, sin explotados ni explotadores.

No sería correcto sin embargo, dejar la imagen que esta última corriente asimila o congrega a sindicalistas de un mismo partido o sólo de algunos partidos. Ella agrupa a la inmensa mayoría de radicales, comunistas, deocratacristianos, socialistas, mapucistas, cristianos de izquierda, independientes y cristianos y sus respectivas esferas de influencia. Es de algún modo la continuidad histórica de lo que fue el movimiento sindical chileno.

Tampoco conviene dejar la imagen que se trata de sindicalistas que tienen una igual utopía de sociedad, o que han llegado a los niveles de coincidencia programática y política por "decreto". Por el contrario, siendo una corriente sindical en términos generales heterogénea, pues no es un Partido, ha ido encontrando una visión común de lo que debe ser el rol y el programa de lucha del movimiento sindical chileno, respetando los particulares puntos de vista de cada componente. Y ese proceso ha madurado en el tiempo, tiempo de lucha, de persecución, de muerte, de pérdidas de tantas conquistas políticas y sociales. En este tiempo se han roto muchos prejuicios y se ha crecido ideológica y humanamente, comprendiendo que sólo se puede avanzar a la meta de una sociedad superior y más justa, en la unidad y la solidaridad de clase.

La unión y desarrollo de esta corriente progresista y unitaria se ha ido construyendo en la lucha con el sectarismo, con los dogmas, con las hegemonías "decretadas o sobrenaturales". Ha sido una construcción difícil pero siempre hacia arriba, tanto en el terreno de las ideas como en la acción conjunta. Ello se explica porque un movimiento sindical pluralista, unitario e influyente en la sociedad se puede nuclear y crecer en la medida que parta de la base que los intereses de los trabajadores no son contrapuestos o antagónicos, y que lo que debe primar es el interés general por sobre las particularidades de cualquiera naturaleza que ellas sean.

UNIDAD CON CONTENIDO

Es evidente que nadie tampoco puede pretender un proceso de unidad amorfo, fofo, sin contenidos programáticos. La unidad incluso de los que tienen una misma matriz teórica es siempre difícil, por eso que cuando se habla de unidad ella estará inseparablemente vinculada a la lucha. Y en determinados momentos primará la lucha y en otros la unidad, pero sin abandonar jamás ninguno de estos dos pilares de una política auténticamente de clase.

Y también es preciso decir que con lo alcanzado, hasta ahora, en el proceso de lucha y de unidad de los trabajadores y el movimiento sindical chileno, no se ha logrado todo, ni mucho menos. Lo que aún queda por avanzar es bastante, tanto en el terreno programático como en el de la unidad orgánica. Incluso en el plano de la confianza, del respeto mutuo, de la fidelidad a las líneas de lucha trazadas colectivamente. Pero sería un grave error no valorar constructivamente los grandes logros alcanzados, en un proceso en que ha primado la madurez y el sentido de clase.

Las perspectivas del movimiento sindical chileno tienen que ver en el tiempo próximo y futuro, con algunas grandes problemáticas que en esta oportunidad sólo queremos mencionar como temas de reflexión.

ASEGURAR LA UNIDAD

Una de ellas será cómo asegurar que el proceso de unidad que se ha puesto en marcha no se eclipse, sino que mantenga un ascendente vigor, una superior calidad. Un proceso que se confunda en el único principio posible: el de la democracia y de la más plena participación de los trabajadores.

Ello será más factible si se acaba la dictadura y se destruye la democracia. En este marco la responsabilidad del movimiento sindical se ampliará y será imposible de eludirla ante el pueblo chileno. Si la lógica de clase no se rompe, cuestión que no excluimos, lo maduro, a nuestro juicio, sería dar pasos mucho más grandes en la unidad orgánica del movimiento sindical.

AVANZAR CONSOLIDANDO

El otro tema, unido al anterior, será cómo aumentar el rol y el peso del sindicalismo unitario en el conjunto de los acontecimientos políticos y sociales del país. Ello implica, por un lado, "avanzar consolidando" como dijo un alto dirigente sindical socialista en Chile, o sea lograr mayores progresos organizativos a nivel nacional como regional, y por el otro aumentar la capacidad de lucha no sólo de los trabajadores organizados sino de los cesantes y subocupados, así como lograr insertar en las movilizaciones antidictatoriales a otros sectores afectados por la política de la dictadura.

DERROTAR EL DIVISIONISMO

Un tercer problema es derrotar definitivamente el divisionismo y la política de las centrales ideológicas. Ello no será fácil por los enormes recursos que disponen los promotores de esa corriente para desarrollar su política, y por el impulso sostenido que realizan las fuerzas foráneas en esa empresa. Sin embargo por lo visto en este tiempo, la conciencia unitaria entre las masas trabajadoras es abrumadoramente predominante y el liderazgo sindical, así como la fuerza organizada actual, tienen todas las de ganar en esa batalla.

PAPEL EN LA DEMOCRACIA

Y un cuarto problema, sin pretender tocarlos todos, es el que se refiere al papel del movimiento sindical chileno, en una nueva situación política democrática del país. Ello será sumamente importante si se quieren cautelar los intereses de los trabajadores y jugar un rol de primer plano en el contenido y las formas de las medidas que habrá que adoptar, en el marco de un país semi-paralizado y en bancarrota y con poderosos grupos económicos que

se jugarán enteros por la defensa de sus privilegios e intereses. La conducción sindical tendrá que revelar en ese contexto una gran lucidez, madurez y firmeza de clase. Las presiones serán enormes, pero el movimiento sindical unitario, que además es mayoritario, tendrá que actuar con la mayor independencia en defensa de la democracia y de los intereses de los trabajadores.

En este artículo hemos querido mostrar sin eufemismo la realidad de las actuales tendencias que se dan en el movimiento sindical chileno y las problemáticas que éste tiene planteadas por delante, no como un diagnóstico inmóvil sino que como grandes aproximaciones a una realidad. Realidad que muestra que la tendencia de la unidad, la lucha, la amplitud, conjugada con los principios clasistas, democráticos, antimperialistas y de independencia, son predominantes. Ello es esencial para asumir en mejores condiciones la defensa de los intereses obreros y populares y el cambio de la situación política dictatorial, poniendo a Chile en los riles de la democracia y la libertad, del progreso y el cambio, de la solidaridad y la participación. En otras palabras en la senda de un Chile democrático y avanzado.



AL PUEBLO DE CHILE:

NUESTRA PROPUESTA DEMOCRATICA DE LUCHA Y UNIDAD

Segunda Asamblea Nacional del MDP

En esta hora crítica para el destino de Chile, cuando la tiranía ha dado un paso más hacia la confrontación fratricida entre los chilenos, en su ciego afán de imponerse indefinidamente por sobre la voluntad democrática de todo un pueblo que clama por su libertad, el Movimiento Democrático Popular siente la obligación de hacer oír su voz para hacer un nuevo y urgente llamado a las fuerzas democráticas del país, a todos los chilenos amantes de la libertad y la justicia. Es urgente concertarnos, ponernos de acuerdo para acelerar el término de este régimen oprobioso de violencia y miseria y para hacer posible un gobierno de transición, que genere las bases mínimas necesarias para la construcción de una democracia participativa, sólida y estable.

La dictadura ha decidido acallar el clamor democrático con una nueva escalada represiva. Pero los chilenos y, muy particularmente, las masas populares y las amplias clases medias, tienen razones poderosas para seguir luchando. Es la explotación inhumana de los que tienen la suerte de poseer un trabajo; es la cesantía y la miseria desgarradora, que se acrecienta cada día, de cientos de miles de pobladores; es la angustia de las mujeres y familias

de las más diversas clases y capas sociales que ven disminuir el alimento y la calidad de vida de los suyos; es la falta de porvenir de los estudiantes y de los jóvenes, de los profesionales y de los intelectuales; es la situación asfixiante y agobiadora de los transportistas, comerciantes, industriales, agricultores, que traen sólo para pagar los intereses usurarios de la banca y que se encuentran virtualmente expropiados en sus fuentes de trabajo; es la destrucción de la economía nacional, que ha sido hundida en una crisis, la más grave de nuestra historia, que se agudizará inevitablemente, hasta límites prácticamente intolerables; es la profunda dependencia de nuestra patria de los banqueros internacionales, que ahogan a nuestros hombres de trabajo y que lo único que les interesa es recobrar sus dineros, a costa del estancamiento, la crisis y el hambre de todo un pueblo.

Es una patria entera cansada de ver cómo el asesinato oficial e impune, la humillación, la mentira y el engaño, la estafa y el privilegio indignante, la represión irracional, la degradación de nuestra convivencia y destrucción de los más esenciales valores de la nación, son la marca y sello de un régimen que niega nuestro ser nacional. Este no es el Chile por el que nos dieron la primera independencia nuestros padres de la patria y el que fuimos construyendo, con un pueblo con vocación progresista y libertaria, hasta el golpe de Estado de 1973. Debemos recuperar a Chile para su pueblo, retomando y profundizando su digna y orgullosa trayectoria histórica. Tal es nuestro deber. Tal es nuestro objetivo irrenunciable como pueblo.

La dictadura no ofrece ninguna opción de salida a la crisis nacional que ha desatado, ni tiene ninguna posibilidad de hacerlo. La dictadura es expresión de una ofensiva contrarrevolucionaria y de recomposición del capitalismo chileno emprendida por el sector del capital financiero monopolista de la burguesía criolla, los altos mandos de las Fuerzas Armadas y de Orden y el imperialismo. La dictadura representa y es portadora, por tanto, de la expresión más extrema, a todo nivel -económico, social, político, ideológico, cultural- del capitalismo en nuestra patria. Por eso es que la crisis que ha desencadenado abarca todas y cada una de esas esferas de la vida nacional, además del profundo quiebre, a nivel moral, de nuestra sociedad.

El bloque dominante ha demostrado, con su propia forma tiránica actual de dominación, en que ha detentado el poder absoluto y en que al pueblo chileno se lo ha superexplotado y reprimido sangrienta y sistemáticamente por más de una década, que no tiene soluciones para los problemas del país y para las necesidades más elementales de las vastas masas populares y de clases medias. Por el contrario, su dictadura ha arrastrado al país a la crisis más profunda de su historia, no sólo destruyendo su economía sino, también, poniéndola al servicio de la voracidad inagotable de la usura bancaria internacional, del capital transnacional y de los clanes financieros locales. Chile ya no produce para desarrollarse y dar a los chilenos mejores condiciones de vida, sino que produce sólo para pagarle a los banqueros, empobreciendo cada día más a nues-

tros compatriotas, especialmente los sectores populares y de clase media.

Presenciamos, por lo tanto, el profundo y estructural fracaso no sólo de un régimen y de un gobierno, sino que también, más profundamente, el fracaso de todo el sistema capitalista chileno.

Por eso es que la dictadura y el sector social minoritario, cuyos intereses ella representa no tienen respuesta para la crisis nacional. Por esto es, también, que tal respuesta tendrá que consistir, inevitablemente, en un régimen democrático que abra paso y garantice profundos cambios en la estructura económica, social, política y cultural del país, en que las amplias masas del pueblo chileno tendrán que ser las principales protagonistas, conductoras y beneficiarias de tales cambios.

I. LA NUEVA FASE DE LA LUCHA ANTIDICTATORIAL

El pueblo chileno ha recorrido un duro y difícil camino en su lucha por la libertad y la democracia. Iniciada su lucha decidida desde los primeros días en que la dictadura destruyera nuestra convivencia democrática y acrecentando a cada paso su organización y unidad, el pueblo chileno ha sido capaz, desde hace dos años, de provocar un profundo viraje en la vida nacional, tomando en sus manos la iniciativa y marchando con paso seguro por la senda de la conquista de la libertad, la dignidad y la democracia.

Con la lucha popular y de los más amplios y diversos sectores de la nación, la dictadura se ha visto crecientemente aislada y arrinconada, estremeciéndose los cimientos mismos de la institucionalidad fascista, rota y sobrepasada por un pueblo que se ha puesto como objetivo conquistar su libertad. El Paro Nacional y Popular del 30 de octubre pasado ha sido la más contundente demostración de lucha que han dado los trabajadores y el pueblo chileno, señalando con ello que la unidad y decisión de quienes luchan intransigentemente por la democracia están permitiendo juntar la fuerza y capacidad como para provocar un nuevo y decisivo viraje hacia una pronta victoria democrática.

Ante el incontenible avance de la lucha popular por la democracia, la dictadura, sin respuestas para los graves problemas nacionales que ha provocado y con escasas bases de apoyo social, ha echado mano nuevamente al único recurso de poder que aún le queda, la represión. Pinochet, con la siniestra CNI y con los mandos militares que le son incondicionales y obsecuentes, le ha declarado la guerra a la Democracia, lanzándose con saña y violencia contra las organizaciones sociales y políticas de los opositores, contra la prensa democrática y hasta contra la Iglesia. En su ciego afán por prolongarse en el poder, nada importan al tirano los mayores dolores y sufrimientos que así descarga sobre los chilenos, arrastrando al país a una confrontación que cada día se hace más difícil evitar.

El régimen se ha trazado el objetivo de paralizar la movilización de masas y, muy particularmente, de frenar y desarticular a sus sectores más consecuentemente clasistas y decididos. Al mismo tiempo que pretende amedrentar y arrastrar a los sectores opositores de centro-derecha a tener que aceptar sus propios términos de una transición y su propia versión de "democracia", antipopular y antinacional, como lo estipula la Constitución de 1980. Todo esto, con Pinochet a la cabeza hasta 1989 por lo menos.

El imperialismo, que complotó activamente para desestabilizar el Gobierno Constitucional del Presidente Salvador Allende y contribuyó decisivamente en la imposición de esta dictadura y en el desarrollo de su modelo económico-social y político de dominación, interviene hoy directamente a través de su embajador y de frecuentes enviados especiales. Su propósito es aplicar presiones sobre el dictador para que acelere su propio camino de transición, así como también para presionar a la Alianza Democrática para que acepte tal transición y la institucionalidad establecida en la Constitución fascista de 1980. Acuciado por el temor ante la creciente ola del descontento popular y la posibilidad real de que el pueblo chileno abra definitivamente paso a su liberación, el imperialismo se juega por procurar los mínimos cambios políticos que permitan salvar el sistema clasista y explotador que beneficia sus intereses transnacionales. Nunca antes había sido Chile testigo de una intervención tan flagrante y denigrante como la que hoy se permiten los Estados Unidos con los gobernantes a los que ayudó a usurpar el poder del Gobierno constitucional y libremente elegido por nuestro pueblo en 1970.

La clave de la desesperada maniobra de la tiranía para perpetuarse en el poder y lograr recomponer su institucionalidad sobre pasada y rota por la movilización popular, es aumentar la represión. Con esto, el régimen se sitúa en un camino que lleva casi inevitablemente a una confrontación fratricida. Nadie puede hacer se ilusiones al respecto. Los espacios de expresión democrática que el pueblo chileno había conquistado con su inculdicable decisión de lucha, no le serán permitidos nuevamente por la dictadura. Las nuevas conquistas democráticas, al igual que las ganadas desde 1973, demandarán, por ello, más lucha, así como más organización, más concertación, más unidad del pueblo y de la oposición.

De allí la importancia de la Protesta del 27 y 28 de noviembre, ya que la sola convocatoria propinó a la dictadura una seria derrota política, al obligarla a tener que ocupar militarmente, de manera masiva, las ciudades, caminos y servicios públicos del país, a fin de intentar aplastar la protesta popular. Aún así y a pesar de la masiva represión previa, no lo logró. Vastos sectores del pueblo chileno, protestaron. Por eso es que el intento de la mar a los reservistas de las FF.AA. es una constatación aún mayor de lo débil que es la dictadura ante la movilización masiva de los chilenos, ya que no le bastan ni el Estado de Sitio, ni los cientos de miles de uniformados activos, los fusiles, los tanques, los helicópteros, los aviones y los barcos para detener las miles de masas en que el pueblo chileno la rechaza y exige su término.

II. COMO AVANZAR PARA TERMINAR CON EL REGIMEN

Para terminar con el régimen cuanto antes, en las actuales condiciones que ha planteado al país y a las fuerzas opositoras en particular, es fundamental mantener y profundizar la movilización de masas, al mismo tiempo que dar pasos decididos para exigir la unidad de la oposición.

1. MANTENER Y PROFUNDIZAR LA MOVILIZACIÓN SOCIAL

Sólo la lucha decidida, sin detenciones ni vacilaciones, permitirá poner atajo a la nueva escalada represiva dictatorial, poner término efectivamente al régimen y abrir paso a la construcción de un futuro auténticamente democrático. De allí que no haya lugar para detener hoy, ni tampoco disminuir, la movilización de masas, a pretexto de que el régimen redoblaría la represión en caso de ser enfrentado con nuevas movilizaciones. Todo lo contrario. Sólo el mantener y hacer el serio esfuerzo por profundizar y elevar la lucha de masas logrará hacer retroceder esta nueva ofensiva represiva de la tiranía y llevarla a una mayor inestabilidad y aislamiento, acercando su colapso. La dictadura está hoy reprimiendo al máximo nivel que le es posible, dentro de las condiciones internas del régimen y de las condiciones nacionales e internacionales. El redoblar la represión para responder a nuevas movilizaciones sólo redundaría en acrecentar las contradicciones internas del régimen, profundizando el aislamiento de Pinochet y sus incondicionales.

2. IMPULSAR LA UNIDAD DE LA OPOSICION: TRES AREAS DE ACUERDOS POSIBLES

La unidad que el pueblo ha ido encontrando en la base, en cada una de las movilizaciones realizadas, necesita de una concertación y unidad a nivel de las direcciones políticas de los diferentes sectores opositores, ya que ello ayudará a hacer posible los nuevos y mayores niveles de movilización de masas que se requiere. Desde ya, es preciso incentivar la unidad especialmente de aquellos sectores opositores que no vacilan, que no temen a la movilización del pueblo, que no se dejan encandilar por las maniobras dialoguistas de la dictadura o sus servidores, que son intrínsecamente democráticos. Desde tal fuerza unitaria será posible incentivar una unidad más amplia, hacia el resto de la oposición. Rotas las barreras del sectarismo, del exclusionismo y del

prejuicio, el pueblo ya no tendrá que preocuparse del adversario en su seno, sino sólo de su enemigo principal, la dictadura.

El camino hacia una mayor concertación y unidad de la oposición debe considerar tres momentos fundamentales: (a) acuerdo sobre el camino de lucha para terminar con el régimen; (b) acuerdo sobre las características y bases programáticas del período de transición entre el término del régimen dictatorial y el establecimiento del régimen democrático emanado del libre ejercicio de la soberanía popular; y (c) acuerdo sobre los principios y bases institucionales del futuro régimen democrático.

2.1 EL CAMINO DE LUCHA

El camino de lucha para los próximos meses tendrá como eje ordenador la lucha reivindicativa económico-social y por la demanda democrática nacional de los más numerosos y diversos sectores del país, y, como objetivo principal, desencadenar un Paro Nacional, obrero y popular, de larga duración, que aseste un golpe contundente a la dictadura. De esta manera, el pueblo de Chile situará la continuación de su lucha en la perspectiva de provocar una insurgencia popular generalizada, un incontenible levantamiento democrático de masas, con la combativa participación de los más diversos sectores sociales y manifestándose en las formas más variadas y ricas que cree la inagotable iniciativa de las masas.

La concreción exitosa de esta perspectiva de lucha requiere darse dentro de lineamientos básicos y llevando a cabo algunas tareas de fundamental importancia.

2.1.1 Tendrán que impulsarse movilizaciones de carácter nacional, bajo la forma de protestas y paros. Ellas tendrán que culminar en el objetivo principal de los próximos meses: un Paro Nacional prolongado, que detenga toda la actividad en el país por varios días, de carácter obrero y popular, social y territorial, para exigir soluciones a las reivindicaciones económico-sociales y a los angustiosos problemas que agobian a nuestro pueblo, así como el término de los "estados de excepción", el término de la represión y el término del régimen. Para hacerlo posible y eficaz, habrá que hacer un gran esfuerzo por elevar y mejorar su preparación y organización, así como por ejecutar oportuna y eficientemente la multiplicidad de tareas que conlleva. En las actuales condiciones represivas impuestas por la dictadura, esto es más difícil, pero, a la vez más necesario aún que antes.

El nuevo Paro Nacional no sólo es necesario sino también imperioso, a fin de poner atajo, con la movilización decidida de los chilenos, a la represión y a la pretensión de la dictadura de perpetuarse en el poder. El nuevo Paro es, también, posible, ya que si bien las organizaciones sociales y políticas del pueblo han sido golpeadas por la represión bajo el Estado de Sitio, mantienen su decisión combativa y están a la espera de la convocatoria movilizadora de sus dirigentes. No es hora, por tanto, de vacilaciones sino de demostrar contundentemente a la dictadura que el pue-

blo chileno no se dejará avasallar. En octubre pasado, quienes no confiaron en la voluntad de lucha de los trabajadores y del pueblo chileno en general se vieron sobrepasados por el rotundo éxito del primer Paro Nacional. Tal error no puede volver a cometerse, sobre todo ahora, en las actuales circunstancias. Será preciso que el conjunto de las fuerzas que luchan por la democracia se vuelque decididamente en apoyo de esta nueva jornada de lucha de los trabajadores y el pueblo sin vacilaciones. El pueblo sabrá conocer a quienes están ineludiblemente por su pronta y efectiva liberación.

El pueblo hará una nueva demostración de su fuerza y voluntad insurgente, haciendo del Paro Nacional de los próximos meses una nueva victoria de la lucha democrática. Demostrará, así, que el camino de la decidida e intransigente ruptura con la dictadura y sus voceros es el único que puede conducir a la satisfacción de sus aspiraciones mínimas y a la libertad, la justicia y la democracia.

2.1.2 La lucha reivindicativa es una tarea fundamental en y para la lucha de masas, puesto que la nutre de contenidos concretos y cercanos a los agudos problemas de la supervivencia y de la calidad de vida que viven cientos de miles, millones de chilenos. Es fundamental, además, porque exige construir organización para llevarla a cabo y permite desarrollar conciencia en torno a intereses sectoriales que, al calor de la lucha por su defensa, se transforma en conciencia en torno a la raíz común que el conjunto de ellos tienen en las desigualdades, injusticias y arbitrariedades generadas por el sistema económico-social imperante. Todo ello, exacerbado hoy por las políticas antipopulares que caracterizan a la tiranía y por la profunda crisis económico-social que ésta ha provocado.

De allí que la lucha reivindicativa tiene que impulsarse con mayor fuerza y decisión aún, levantando plataformas mínimas, sobre cuyo logro debe impulsarse una presión permanente y creciente sobre el régimen, a todo nivel, y utilizando las más diversas formas de movilización y lucha. Petitorios, mítines, pliegos, marchas, paros, panfleteo, boicots, protestas sectoriales o territoriales, desobediencia civil, trabajo lento, manifestaciones relámpago, huelgas legales e ilegales, deben ser formas de impulsar tales plataformas, procurando involucrar con ello al más amplio número de personas que sea posible.

Las plataformas mínimas de cada sector tendrán que irse concertando con las plataformas de otros sectores, hasta hacerlas confluir todas en una Plataforma Única Nacional, que debe ser la base y objetivo de la movilización nacional prolongada y de jornadas aun superiores de movilización que deberán desarrollarse a futuro. Los 21 puntos levantados por el Comando Nacional de Trabajadores son un avance de gran importancia en este sentido.

2.1.3 La lucha por la demanda democrática nacional incluye todas las múltiples y combativas movilizaciones que los chilenos vienen realizando por años en defensa de los derechos humanos y de

los más elementales derechos y conquistas democráticas logradas por todo el pueblo chileno en más de un siglo y medio de historia patria, cuya culminación global en el presente se resume en la consigna de ¡Democracia Ahora! Esta es la base, el trasfondo, a la vez que el objetivo general ordenador, del conjunto de la lucha de los chilenos por la libertad, el pan y la justicia, que sólo serán posibles a partir de poner término a la tiranía que ahoga y consume a Chile.



2.1.4 Promover y coronar exitosamente los principales objetivos de la lucha para el actual período que hemos delineado, requiere avanzar decididamente en la realización de ciertas tareas de la mayor relevancia:

a) es fundamental conseguir eleva y profundizar la unidad del pueblo chileno y, en particular, la unidad de la clase obrera, que ha sido la gran herramienta que ha permitido hacer retroceder e ir arrinconando a la dictadura, mediante una decidida lucha de masas. Ha sido, precisamente, la unidad de la clase obrera, expresada en el avance histórico representado por la formación del Comando Nacional de Trabajadores, la que hizo posible que las múltiples batallas dadas desde 1973 contra la tiranía cristalizaran en los desafíos de mayor envergadura que han representado las Protestas Nacionales, hasta culminar en el histórico primer Paro Nacional de octubre de 1984.

Es preciso desarrollar y profundizar esa unidad, rechazando todos los intentos divisionistas, una de cuyas más negativas manifestaciones se da en los esfuerzos por montar centrales sindicales según la definición ideológica de sus miembros, lo que es la negación de la democracia, cuya esencia es la aceptación y tolerancia de la diversidad. Las "centrales sindicales ideológicas" sólo sirven a los enemigos de la clase obrera. Los trabajadores chilenos saben, por su propia experiencia de décadas de lucha y, sobre todo, por lo que han vivido dolorosamente bajo la tiranía, que sólo su unidad más amplia y más férrea le permite defender efectivamente sus intereses y derechos y realizar el rol protagónico que les corresponde en los destinos del país.

Los avances en la unidad de la clase trabajadora y del pueblo han sido de gran trascendencia, como lo ha sido también su rol en la lucha antidictatorial. Sin embargo, queda aún camino por recorrer. Por ello, las fuerzas del MDP en el seno del movimiento obrero se volcarán a una vasta labor en función de fortalecer el papel de la clase trabajadora en su convocatoria, organización y ejecución de un nuevo Paro Nacional prolongado, que será un nuevo éxito en la lucha por la libertad y la democracia. Igualmente, habrá que fortalecer y profundizar aún más la unidad más amplia y combativa de los más vastos sectores del pueblo chileno como un todo, gestora de los fundamentales avances libertarios logrados y herramienta crucial de la victoria.

b) Al calor de las movilizaciones que se impulsen, habrá que desarrollar formas superiores y más eficaces de coordinación y concertación de las masas y del conjunto de las fuerzas democráticas.

Apoyamos decididamente los esfuerzos del Comando Nacional de Trabajadores por constituir una Mesa de Concertación, tarea prioritaria que debe impulsarse a través de todas las organizaciones sociales en lucha contra la tiranía, sin dilaciones. Esta Mesa a nivel nacional se asienta desde ya y se ve estimulada por las mesas de concertación que se han venido constituyendo a nivel regional y local, en Santiago y provincias, desde el llamado a su formación que lanzara el CNT el 1º de Mayo de 1984.

La Mesa de Concertación que impulsa el CNT y que apoyamos, deberá tener un rol principal en la convocatoria y coordinación de las futuras movilizaciones, así como una participación protagónica en el debate y conformación de consensos en torno a las propuestas políticas de salida a la crisis nacional emanadas de las organizaciones democráticas.

Valoramos, asimismo, los esfuerzos de concertación para la acción que se realizan tanto a través del Comité Nacional de la Protesta y por la Democracia, como en el Comando Unitario de Movilización Social, que son avances de gran trascendencia en la perspectiva unitaria opositora.

c) Hay que hacer un esfuerzo decidido por fortalecer las organizaciones de masas, desarrollándolas donde no existan y apoyando las políticas y técnicamente para posibilitar el adecuado cumplimiento de las tareas que requieren las movilizaciones.

Un elemento fundamental en esta tarea nacional es eleva su potencialmente la capacidad de propaganda y comunicaciones del movimiento opositor, especialmente a nivel de masas, puesto que la dictadura se empeñará, como lo hace hoy bajo el Estado de Sitio y lo seguirá haciendo con o sin éste, en mantener desvinculadas a las direcciones de las bases, mediante el bloqueo a las comunicaciones (así como la represión directa a los niveles medios de dirección de las organizaciones sociales). Las organizaciones de masas deberán crear y estimular equipos especializados en propaganda y comunicaciones, así como las fuerzas opositoras deberán intentar organizar y aunar esfuerzos para desarrollar un eficiente

sistema y medios de comunicación especialmente orientados al apoyo de las movilizaciones.

d) La continuación y profundización de la movilización de masas se encontrará con la resistencia represiva de la tiranía, factor constante de dominación, que sólo tiene "variaciones estacionales" de caída o auge según el nivel de desafío que le planteé la lucha opositora. Ante eso, las organizaciones de masas tienen que desarrollar la autodefensa, en sus más variadas expresiones, a fin de disminuir al máximo el costo para el pueblo y sus organizaciones y proteger su lucha ofensiva.

A fin de evitar la concertación de la fuerza represiva de la tiranía, para la autodefensa es también fundamental desarrollar su peiores niveles de concertación y coordinación para la planificación de las acciones de masas, de manera de asegurar que éstas se realicen con la adecuada simultaneidad y suficiente dispersión territorial. También es importante, en las nuevas condiciones represivas, que tendrán que prolongarse por largo tiempo, que las organizaciones se protejan con adecuados métodos de seguridad en su funcionamiento, sin caer en la auto neutralización y la desmovilización, que es lo que persigue la dictadura.

2.2 LA TRANSICION

La magnitud de las justas demandas económico-sociales de los más vastos sectores del país, la destrucción material de nuestra economía y el impresionante y pesado endeudamiento a que el país tiene que hacer frente, generan un marco de grandes dificultades para enfrentar la solución de estos grandes problemas nacionales para el régimen que suceda a la dictadura.

2.2.1 UN CONSENSO NACIONAL PARA UN GOBIERNO DEMOCRATICO PROVISIONAL

La única forma de llegar a establecer condiciones sólidas que otorguen estabilidad y fuerza al régimen democrático definitivo que el pueblo se dé y al gobierno que éste elija, es un Gobierno Democrático Provisional, que asuma con el más sólido respaldo del más amplio espectro de fuerzas sociales y políticas que han luchado consecuentemente por terminar con la tiranía y dar paso a una democracia real. Tal respaldo, a su vez, sólo será posible en la medida que se construya un fuerte consenso, entre todas las fuerzas democráticas, en torno a los contenidos programáticos básicos de dicho Gobierno Democrático Provisional, así como también respecto al rol central que en la generación, gestión y control del poder estatal deberán jugar las organizaciones del pueblo chileno, a todo nivel.

En suma, el Gobierno Democrático Provisional debe enfrentar los problemas económico-sociales más angustiantes que sufren las mayorías nacionales y, en particular, los sectores más desfavore-

cidos, al mismo tiempo que poner en marcha aspectos cruciales para la re-democratización del país y el efectivo ejercicio de la soberanía popular.

Tanto en su documento de fundación de septiembre de 1963 como en los acuerdos de su Primera Asamblea Nacional de febrero de 1964, el Movimiento Democrático Popular ha planteado su propuesta de plataforma programática para tal Gobierno Democrático Provisional. En esta ocasión parece oportuno detallar más aún nuestras proposiciones al respecto.

2.2.2 PROGRAMA DEL GOBIERNO DEMOCRATICO PROVISIONAL PARA ENFRENTAR LOS MAS URGENTES PROBLEMAS SOCIALES Y ECONOMICOS

Para enfrentar los problemas más agudos que agobian a las grandes mayorías del país, el Gobierno Democrático Provisional se trazará un programa económico de emergencia que contendrá políticas y medidas como las siguientes:

- Impulsar programas que generen empleo productivo y que reduzcan drásticamente la cesantía, eliminando la necesidad de programas de emergencia como PEM y POJH, estimulando la reactivación de la industria, la agricultura, los servicios, el comercio, el transporte y, en general, la actividad económica nacional.
- Establecer un salario mínimo, que permita condiciones dignas de vida.
- Condonar las deudas por servicios básicos -agua, luz y otros- de los sectores más modestos y reprogramar las deudas por contribuciones y dividendos, estableciendo formas de pago que no afecten la calidad de vida de dichos sectores.
- Fijar precios a los productos de la canasta de bienes de consumo esencial.
- Reajustar automáticamente sueldos y salarios, según el alza del costo de la vida.
- Renegociar las deudas de particulares, pequeños y medianos comerciantes, industriales, transportistas y agricultores, derogando el sistema de pago en UF y estimulando la actividad productora mediante adecuados incentivos y protecciones.
- Declarar la moratoria del pago de la deuda externa y proceder a su renegociación eliminando el aval estatal a la deuda externa privada y salvaguardando la disponibilidad de recursos suficientes como para promover un desarrollo económico nacional sostenido, anteponiendo el interés del país al de la banca extranjera.
- Nacionalizar la banca, especialmente aquella que ha recibido recursos del Estado para salvar su quiebra.
- Garantizar el acceso gratuito a la salud a los sectores de

menores ingresos, así como garantizar su derecho a la educación y a la vivienda, apoyando activamente, desde el Estado, la efectiva concreción de tales derechos.

- Introducir cambios sustanciales en el sistema previsional, devolviendo el Estado la responsabilidad central que le cabe al respecto, promoviendo un sistema único nacional con decisiva participación de los trabajadores en la gestión y administración de estos recursos.
- Derogar toda la legislación que, como el Código y la Ley Minera de 1983 y el Estatuto de la Minería Extranjera, atenta contra el interés nacional, promoviendo una nueva legislación sobre nuestras riquezas básicas, que estimule su explotación en términos favorables para el interés del país.

2.2.3 PROGRAMA DEL GOBIERNO DEMOCRATICO PROVISIONAL PARA LA RE-DEMOCRATIZACION DEL PAIS

Para avanzar hacia la re-democratización del país y permitir el libre y pleno ejercicio de la soberanía popular, es preciso erradicar los factores conducentes a intentos de quebrantamiento de la democracia y de la convivencia nacional por parte de minorías ilegítimas, como aconteció en 1973 con el Golpe Militar fascista. Para ello el Gobierno Democrático Provisional que suceda a la dictadura debe emprender tareas como las siguientes:

- Derogar la Constitución de 1980 y convocar a elecciones para una Asamblea Constituyente que habrá de definir la nueva Carta Fundamental, ejerciendo la facultad legislativa en tanto no se instale el Parlamento democráticamente generado. Hasta que entre en vigencia la nueva Constitución, regirán las disposiciones pertinentes de la Constitución de 1925, con sus modificaciones.
- Restablecer el pleno respeto a los derechos humanos, promoviendo decididamente el esclarecimiento de todos los atropellos a los derechos de las personas cometidos por la dictadura, en especial respecto a los detenidos-desaparecidos y a los ejecutados o muertos en tortura, sancionando a los responsables a través de los tribunales ordinarios.
- Poner término inmediato al exilio, liberar a todos los presos políticos cualquiera sea su situación procesal, poner fin a las relegaciones.
- Derogar toda la legislación represiva o limitante del libre ejercicio de los derechos de expresión, opinión o información.
- Disolver la CNI y derogar toda la legislación represiva de la dictadura, a la vez que reestructurar los aparatos policiales para que cumplan a cabalidad sus funciones de servicio a la comunidad, asegurando su sometimiento a la soberanía popular.

- Derogar toda la legislación laboral atentatoria contra los derechos de los trabajadores, dando a tales derechos rango y garantía constitucional.
- Derogar toda legislación represiva o limitante del libre ejercicio de los derechos sociales y políticos, individuales y colectivos, restableciendo y reforzando las libertades públicas.
- Democratizar las Fuerzas Armadas, lo que incluye: remoción de los altos mandos comprometidos con la dictadura y prosecución de las responsabilidades legales en atropellos a los derechos humanos o en delitos administrativos; reestructuración de los aparatos de inteligencia militar de cada una de las ramas para que cumplan estrictamente su función profesional-institucional; erradicación de la Doctrina de Seguridad Nacional de la formación de la oficialidad y su reemplazo por una doctrina que refuerce los valores democráticos y el respeto irrestricto de las instituciones castrenses a la soberanía popular; revisión de los pactos con fuerzas armadas extranjeras a fin de diversificar las vinculaciones tecnológicas y evitar el intervencionismo ideológico foráneo, resguardando la independencia nacional; fomentar y establecer mecanismos de participación de los uniformados en las tareas democráticas del desarrollo nacional; reconocimiento pleno de los derechos democráticos ciudadanos de los chilenos en uniforme.
- Democratización del Poder Judicial, asegurando su real independencia de los otros poderes públicos y su irrestricto compromiso y eficacia en defensa de los derechos de las personas y de la justicia.
- Democratización de la estructura económica del país, mediante el fortalecimiento del rol del Estado y la nacionalización de la banca, de los clanes financieros y de las riquezas básicas, evitando la concentración del poder económico en reducidos grupos privados y ampliando y dando mayor relevancia a las formas de propiedad social o de gestión y control colectivos.
- Democratización del sistema educacional, asegurando la participación de la comunidad y de los diferentes estamentos educacionales en el desarrollo y gestión del sistema. En el sistema universitario, en particular, poner fin inmediato a los rectores militares o designados por las autoridades de la dictadura y generar democráticamente las nuevas autoridades por parte de la comunidad universitaria.
- Democratización del sistema de salud, propendiendo a un sistema único nacional, en que el Estado debe cumplir una responsabilidad fundamental y en el que ningún chileno debe quedar fuera de su cobertura de atención, independientemente de su situación ocupacional o previsional.
- Democratización de los programas de construcción de viviendas, asegurando la eficaz satisfacción de este derecho constitucional de todo chileno y propendiendo a la atención de los sectores más desfavorecidos y postergados.

Proponemos al conjunto de las organizaciones sociales y a las fuerzas políticas que luchan contra la dictadura iniciar una activa discusión en torno a los puntos programáticos planteados, a fin de levantar una sólida y claramente perfilada alternativa de poder a la dictadura, que cuente con el más amplio respaldo social y político.

2.3 LAS BASES INSTITUCIONALES DEL RÉGIMEN DEMOCRÁTICO FUTURO

El régimen democrático que postulamos, tanto en su dimensión política como en el ordenamiento económico-social, debe tener como fundamento esencial la soberanía del pueblo, único protagonista que tiene el derecho de fijar el objetivo histórico y tareas de la nación, así como el derecho de participar decisivamente en la generación, dirección, gestión y control del poder.

El régimen democrático debe fundarse sobre un ordenamiento económico-social organizado en función del interés de las grandes mayorías y basado en el ejercicio efectivo de los principios de la igualdad entre los habitantes del país y de la justa distribución del ingreso y de la riqueza socialmente producida. Corresponde al Estado un rol activo en la promoción de las condiciones que así lo hagan posible, desarrollando los mecanismos que impidan la concentración del poder económico en grupos económicos minoritarios.

Uno de los elementos ordenadores del sistema económico debe ser la plena satisfacción de las necesidades básicas de todos los chilenos y, muy particularmente, de aquellos sectores históricamente desposeídos y a quienes corresponde un rol fundamental en la producción de la riqueza nacional. En el mismo sentido, el régimen democrático deberá promover y proteger constitucionalmente el derecho al trabajo, la salud, la educación, la vivienda, la alimentación y el descanso.

El ordenamiento económico-social en el régimen democrático deberá también cautelar y defender la autonomía e independencia nacional, reafirmando y protegiendo efectivamente la soberanía permanente de la nación sobre sus riquezas básicas y sobre sus recursos naturales, así como estableciendo un control estatal efectivo sobre el endeudamiento externo privado y el comercio exterior.

El régimen democrático, atendiendo el principio de la función social de propiedad, deberá establecer diferentes formas de propiedad -estatal, mixta, privada, autogestionaria, cooperativa-, prevaleciendo el interés nacional y el de las grandes mayorías soberanamente expresadas.

El régimen político de la futura democracia, fundado en el derecho del pueblo a gobernarse por sí mismo, debe caracterizarse por la plena vigencia del Estado de Derecho; la separación efectiva de los poderes del Estado; la generación periódica y a través de elecciones populares libres, secretas e informadas de las auto-

ridades y gobernantes; la libre asociación del pueblo en organizaciones sociales y políticas, que soberana y autónomamente definan sus objetivos, estructuras y funcionamiento; la responsabilidad política y administrativa pública de las autoridades, jueces y gobernantes ante los órganos de fiscalización y control establecidos por la soberanía popular; y, como elemento fundamental, la participación organizada del pueblo en la vida económica, social, política y cultural del país, con capacidad y mecanismos reales de gestión, control y dirección.

El régimen democrático requiere del libre juego de mayorías y minorías, el respeto mutuo de ambas y sobre todo, el acatamiento irrestricto a las decisiones emanadas de la soberanía popular, dentro de las reglas y métodos democráticamente generados y definidos, por lo que las conductas anti-democráticas, especialmente la sedición y el terrorismo, deberán ser sancionados.

El profundo contenido social, participativo, del régimen político democrático, debe asegurar el libre ejercicio del derecho de las personas a asociarse en organizaciones para la promoción y defensa de intereses comunes, sean sociales o territoriales, económicos, políticos, culturales, religiosos, filosóficos, etc. Especialmente importante debe ser el asegurar el derecho de los trabajadores del campo y la ciudad a sindicalizarse, en las formas, áreas o niveles que estimen necesario, garantizando, en cualquier caso, su participación activa en la solución de los problemas que les sean propios, así como los del país.

El régimen democrático debe basarse en el respeto y protección irrestrictos de los derechos humanos, sociales y políticos, individuales y colectivos, según los pactos y acuerdos internacionales. La Constitución Política y el Sistema Jurídico democráticamente generados deberán garantizarlos y protegerlos, sin discriminaciones de ninguna especie, estableciendo procedimientos expeditos y las garantías adecuadas para que en los regímenes excepcionales contemplados en el ordenamiento constitucional no puedan ser atropellados, evitando el abuso y la desviación del poder de quienes lo detentan. En particular, deberán existir resguardos suficientes para que bajo ninguna circunstancia pueda suspenderse, restringirse o suprimirse el recurso de amparo, ni atropellar los derechos básicos a la vida, a la integridad física, a vivir en la patria, al debido proceso, a la libertad de conciencia, ni siquiera bajo el argumento de amenazas a la seguridad nacional o al Estado.

El régimen democrático deberá cautelar, en especial, el respeto irrestricto al ejercicio de las libertades básicas de asociación, de expresión, de reunión, sin otro control de la autoridad que el que establezca el interés nacional, democráticamente definido y estipulado por las instancias constitucionales legislativas.

En el régimen democrático la justicia debe ser efectivamente ejercida, a fin de que sea un derecho real de cada chileno, para lo cual su administración deberá ser efectivamente autónoma e

independiente de los otros poderes del Estado, así como realmente capaz de interpretar, sobre los principios más elementales de la justicia, la ley, y hacer cumplir sus resoluciones. La designación de jueces y ministros de los más altos tribunales debe surgir de una adecuada combinación entre la facultad de autogeneración de sus autoridades por parte de este Poder y el ejercicio de la soberanía popular. Esta última deberá, en particular, ejercer un rol en la fiscalización y control del ejercicio de la jurisdicción en la administración de justicia.

El Poder Judicial deberá ejercer un rol especialmente preponderante en la protección de los derechos de las personas, aplicando una interpretación justa de las leyes, por sobre su letra alusiva.

Finalmente, el régimen democrático deberá fundarse en el principio básico de la subordinación de las Fuerzas Armadas y de Orden a las autoridades emanadas del libre ejercicio de la soberanía popular, siendo no deliberantes, obedientes a las autoridades constitucionales democráticas, comprometidas con la democracia y formadas doctrinariamente en contenidos consecuentes con tales objetivos. Las instituciones castrenses, teniendo como función esencial la defensa de la soberanía nacional sobre el territorio patrio, deberán ser participes en las tareas del desarrollo nacional. La justicia militar deberá ser excepcional y operar exclusivamente para los casos de transgresión a las normas castrenses, siendo de jurisdicción de tribunales civiles todas las conductas de miembros de dichas instituciones atentatorias contra los derechos humanos, tanto de la civilidad como de los propios uniformados.

3. EL GRAN ACUERDO DEMOCRÁTICO NACIONAL AL QUE ASPIRAMOS

En repetidas ocasiones hemos llamado al conjunto de las fuerzas opositoras a suscribir un Gran Acuerdo Democrático Nacional. Nuestra aspiración es que este Acuerdo incluya las tres áreas sin dicadas: un camino para poner pronto término al régimen, un planteamiento común sobre el período de la transición hacia la democracia y un consenso sobre las bases institucionales del régimen democrático futuro. Estamos conscientes de las dificultades para tan importante logro. No obstante, no escatimaremos esfuerzos para avanzar, aunque sea en términos parciales, hacia tal meta.

En este sentido, el país ha conocido una propuesta de la Alianza Democrática sobre "Pacto Constitucional para la Democracia y los Derechos Humanos". Hemos concordado en casi todos los términos de la propuesta y hemos señalado públicamente que, a pesar de no contener pronunciamientos sobre cómo terminar con la dictadura y cómo enfrentar los problemas sociales y económicos más ur-

gentes que afligen a las grandes masas de nuestros compatriotas durante el período de transición, estamos dispuestos a suscribirlo, si es que eso significa abrir una brecha en el sectarismo y el exclusivismo, en las barreras que impiden el fundamental objetivo de unir a toda la Oposición. Más todavía, en las actuales condiciones, en que el régimen ha declarado la guerra a las fuerzas democráticas y busca arrastrar al país a un enfrentamiento con consecuencias imprevisibles, es más urgente aún concertar a la Oposición; y si este "Pacto" es la forma de avanzar, por muchas que sean sus limitaciones y vacíos, debemos suscribirlo. No obstante nuestra amplia disposición, no se ha avanzado al respecto, a pesar de los importantísimos consensos logrados en las conversaciones sobre ese texto llevadas a cabo hasta comienzos de noviembre entre la Alianza Democrática, el Bloque Socialista y nosotros.

III. NUESTRO LLAMADO

En esta hora crítica para el destino de la patria, es urgente e imperativo que cada chileno y cada sector social, institucional y político del país asuma la responsabilidad que le cabe en forjarlo de acuerdo al sentir de las vastas mayorías nacionales.

1. Llamamos a los más consecuentes combatientes por la libertad y la democracia, a los luchadores que buscan construir un Chile radicalmente diferente al de explotación y violencia que han impuesto por décadas la burguesía nacional y el imperialismo, a redoblar la lucha, a identificarse más profundamente aun con las reivindicaciones e intereses de las masas de los explotados, oprimidos y expoliados por el gran capital financiero, a ponerse al frente de su lucha y a ser sus más consecuentes y dedicados impulsores y conductores, a ayudar a desarrollar y fortalecer su organización y coordinación, a orientar y estar al frente de su autodefensa, a contribuir en la planificación y ejecución de sus acciones movilizadoras, a ayudar a desarrollar su propaganda y sus comunicaciones, a elevar su nivel político y a construir su unidad activa y combatiente, sin exclusiones, sin discriminaciones, sin sectarismos. Llamamos, en suma, a ser consecuentes luchadores de la causa popular por la libertad, la justicia y la democracia.

2. Llamamos a la clase trabajadora, a los que tienen la suerte de tener una ocupación y a los cesantes, a los pobladores, a no dejarse avasallar por la prepotencia represiva de la tiranía, a redoblar su lucha decidida y combativa, a mejorar y fortalecer su organización, a elevar la planificación y coordinación entre sus organizaciones, a desarrollar la agitación y propaganda, a prepararse para las nuevas y superiores jornadas de la lucha futuras, en particular el Paro Nacional prolongado que habrá que realizar en los meses venideros.

3. Llamamos a las fuerzas sociales y políticas que han mostrado una conducta intransigentemente democrática, sin vacilaciones ni debilidades frente al régimen, comprometidas incondicionalmente con el impulso permanente y decidido a la movilización de la

sas, a incrementar los esfuerzos por conseguir concretar una concertación efectiva para la acción y para impulsar el acuerdo de la Oposición para acelerar el término del régimen y asegurar la fuerza y solidez del régimen que lo suceda.

4. Llamamos a los cristianos, a los que dan testimonio de su fe con su lucha ineludible junto al pueblo, defendiendo sus derechos atropellados e impulsando sus justas reivindicaciones, a redoblar los esfuerzos junto a los no creyentes en la lucha contra la tiranía y por un futuro de justicia y libertad para las grandes masas de los siempre explotados y oprimidos, a exigir la unidad sin discriminaciones ni sectarismos.

5. Llamamos urgentemente a todas las fuerzas sociales y políticas democráticas y, en especial a la Alianza Democrática y al Bloque Socialista, a sentarnos a discutir, hasta que lleguemos a acuerdos mínimos, pero fundamentales, para poner término cuanto antes a este régimen de violencia, odio, mentiras y destrucción. Por nuestra parte, así como estamos dispuestos a escuchar y comprender los puntos de vista de los demás, haciendo esfuerzos por acercarnos a ellos, esperamos y exigimos igual generosidad de los demás, aceptando que la tolerancia de la diversidad es de la esencia misma de la democracia.

Estamos convencidos que nuestros planteamientos en torno al camino de lucha para poner término a la tiranía, los contenidos programáticos del Gobierno Democrático Provisional que la suceda y los fundamentos del futuro régimen democrático, son una base adecuada y razonable para abrir un debate serio, honesto y franco entre las fuerzas sociales y políticas que luchamos contra la dictadura y buscamos su término. No exigimos a nadie que renuncie a ningún principio o posición como requisito previo a buscar qué nos une y en qué podemos concertarnos. Creemos que el hambre, la desesperación, la opresión y la miseria que agobia y sufren, hasta límites ya intolerables, vastos sectores de nuestros hermanos, son condiciones que no sólo posibilitan sino que exigen, perentoriamente, la unidad de todos los que luchamos por la libertad y la democracia.

Basta de dar las espaldas al profundo sufrimiento de tantos compatriotas. Basta de anteponer intereses propios, legítimos pero sin duda mezquinos, ante el drama que viven millones de chilenos. Basta de buscar subterfugios o pretextos éticos o de eficacia política como es el caso de "la violencia" para impedir el acuerdo democrático, ya que, aunque legítimos, pasan a ser irrelevantes ante el avance arrollador y virtualmente incontrolable del proceso de confrontación fratricida que impulsa la dictadura. Basta de partidismos, exclusionismos, vetos, sectarismos y divisionismos. Pongamos el interés supremo de todo un pueblo, el futuro de la patria, por sobre los intereses propios, por legítimos que sean. Unámonos sin dilación en la cruzada democrática, para salvar a Chile de mayores desastres.

El tiempo histórico de la dictadura está ya definido. El pueblo chileno, combativo y pujante, ha decidido ponerle término. Y lo conseguirá, pese a todo lo que pueda hacer la tiranía. El triunfo de la democracia es inevitable. Es sólo cuestión de tiempo.

Pero el tiempo por conseguir el término de la dictadura evitando mayores costos que los necesarios a nuestro pueblo, está llegando a su fin, en la medida que el violento afán de perpetuación de la dictadura está arrastrando a los chilenos a una confrontación inevitable. Por ello, el tiempo para que la Oposición encuentre las bases para un acuerdo democrático nacional, es también corto.

6. Llamamos a las Fuerzas Armadas y de Orden a enfrentar con patriotismo verdadero el auténtico desafío que les plantea la historia patria en la hora que vivimos: restituir cuanto antes la soberanía a su único depositario, el pueblo chileno.

Hace once años, las Fuerzas Armadas y de Orden, arrastradas por la alta oficialidad que traicionó su juramento de respetar y defender, hasta con su vida, la Constitución y las autoridades constitucionalmente elegidas por el pueblo chileno, aceptaron su instrumentalización para escribir una de las páginas más vergonzosas de la historia patria. Pero si antes fueron manipuladas, por su respeto a la verticalidad del mando y a la integridad institucional, hoy ya no es así. Hoy son demasiado evidentes la esencia y característica antinacional, antipopular y antidemocrática de este régimen tiránico. Nadie, dentro de las FF.AA. y de Orden, puede dejarse engañar, ni menos pensar que el país creará que efectivamente lo están. Por esto, es tiempo de definiciones.

La persistencia de las instituciones castrenses en aceptar seguir siendo utilizadas como herramientas de represión de su propio pueblo y al servicio de un régimen que, probadamente, sólo representa y defiende los intereses de una minoría rapaz y antinacional, sólo llevará a que el pueblo termine viéndolas y sintiéndolas como el enemigo que es preciso derrotar para poder terminar con la opresión, el hambre y la injusticia. Sin embargo, el problema actual de Chile no es el de las FF.AA. como tales ni el de la confrontación entre militares y civiles, sino el de recuperar cuanto antes la Democracia. Por eso es que, terminando el régimen dictatorial y democratizadas las FF.AA. en los términos que hemos indicado reiteradamente, el pueblo de Chile sólo aspirará a reencontrarse con las instituciones armadas en la común tarea de reconstruir las bases para el desarrollo y prosperidad de Chile. Pero, para llegar a ese punto, las FF.AA. y de Orden deben mostrar, desde ya, que son acreedoras a ocupar tal lugar en la vida nacional, mostrando cuanto antes su real voluntad de dejar el poder y hacer posible que lo ejerza su único y legítimo depositario, el pueblo chileno libre y soberano.

La suerte de las FF.AA. y de Orden, como instituciones, no es ni puede ser la del actual gobierno, transitorio por definición y porque el pueblo chileno ha decidido, irrevocablemente, ponerle término. La suerte de las instituciones armadas está ligada solamente a los intereses permanentes y superiores de la patria y del pueblo chileno, cuyas decisiones soberanas debe y tiene que respetar.

Llamamos a las FF.AA. y de Orden a enfrentar este desafío, que requiere mayor valentía y generosidad aún que la que debe desplegar en el campo de batalla frente al enemigo foráneo, porque aquí se trata de reencontrarse con el pueblo chileno, su pueblo, la patria.

7. Llamamos a todo el pueblo chileno, a quien cabe la responsabilidad de trazar soberanamente su camino de liberación y definir su destino, sin tutelajes, presiones o imposiciones, a redoblar su lucha libertaria, a fortalecer y desarrollar su organización, a incrementar su concertación y coordinación para la acción, a presionar para exigir el Acuerdo Democrático Nacional entre todas las fuerzas que luchan contra la dictadura, a unirse férreamente, a defenderse de la salvaje represión de la tiranía y, sobre todo, a continuar ineludiblemente a la cabeza de la lucha por la libertad, la justicia, la dignidad, el pan, el trabajo y la democracia. Sólo la lucha permanente y decidida, organizada y unitaria, hará posible la victoria.

El pueblo no se dejará amedrentar ni aplastar. El pueblo si que su lucha, bajo nuevas condiciones y con nuevos medios y esfuerzos, y la continuará hasta poner término victorioso a esta negra página de la historia patria.

¡CON MAS LUCHA Y MAS UNIDAD, VENCEREMOS!

¡¡DEMOCRACIA AHORA!!

¡¡CHILE VENCERA!!

CONSEJO NACIONAL

MOVIMIENTO DEMOCRATICO POPULAR



héctor barreto

PRESENTACION

"Una vez apareció en Chile un Movimiento Nacional Socialista y lanzó sus vanguardias contra el movimiento obrero. Aterró al principio, todos se batían en retirada, y en el medio de la calle sólo quedaron jóvenes socialistas como una muralla de coraje. Como clavados en el suelo. Ni siquiera en sus ojos había miedo. En cada encrucijada, en muchos días de muchas semanas, zumbaban como avispas por el cielo".

Héctor Barreto Ibáñez, es uno de los primeros héroes de la Juventud Socialista. La Tercera Muerte Roja, como quedó escrito en aquella prosa política de los años 30. Fue uno de los jóvenes que se enfrentó a las tropas de asalto nazi.

Héctor "era un personaje que tenía un anillo por donde hacía pasar todas las balas dirigidas a su cuerpo". Así era su fantasía de escritor y joven revolucionario.

Pese a su juventud, Barreto se convirtió en una figura literaria elogiada. La Revista "PAN" en Buenos Aires y "RUMBO" en Santiago publicaron algunos de sus trabajos.

Pero su vida fue corta, una madrugada fría de agosto, en el Santiago del 36... Av. Matta con Serrano, los nazis lo asesinaron. Así quedó trunca la obra de Héctor Barreto, cuando todavía no cumplía 20 años de edad.

El texto que presenta os a continuación pertenece al libro "La no de Juan y otros cuentos" obra reproducida por el 100topiés, panfleto literario que actualmente se edita en Chile.

"LA NOCHE DE JUAN"

Tenía los ojos vidriosos y fijos en el techo. Estaba cansado. La fiebre misma lo había agotado. Lo hacía pensar tantas cosas raras y complicadas. Pero, ¿qué conseguía con todo eso? Nada. Nada, claro. Peor, un profundo dolor de su condición. Sería eso, o acaso, como nunca había pensado antes; pero esta fiebre lo hace escuchar tantas voces a uno.

Esta fiebre...

Sintió cómo le ardía la cara. Era una temperatura despiadada. Piedad. Pobreza. El era pobre, misero, enfermo ahora. Ni trabajo. Ni dinero. Hambre; pero muy poca, porque esta fiebre quita el hambre. Siquiera...

Nadie se preocupaba por él; no le habían traído ni un vaso de agua. No tenía parientes. ¿Sería bueno tener parientes? Cómo ardía la cara. Violentamente dio media vuelta sobre la pailasa; crujió la paja. Pegó la cara fuertemente contra los ladrillos; estaban frescos.

Allí se quedó escuchando el silencio de la pieza y su alma. El era un hombre lerdo, lerdo de cabeza. Todos se lo decían cariñosamente. Todos lo querían; le habían dicho: "... pero eres bueno, Juan".

El era Juan y decían que era bueno, Juan el Bueno. Así como en esos cuentos, allá en la infancia, en un colegio de aldea, una señorita pálida que pronunciaba muy bien; la señorita. ¡Yo señorita! ¡Yo señorita! Sintió castañear unos dedos. Alzó la cabeza bruscamente. Nadie. Y fue tan claro.

Esta maldita fiebre...

Se vestía lentamente; en realidad no debía salir. Pero, después de lo que había pensado... Quería ver la ciudad, y comparar y comprender. Y era buena, al fin, la fiebre. Sin ella no hubiera comprendido nunca, quizás. Lo único que todo aquello lo había puesto tan triste, no más. Y tomó los zapatos que estaban blancos de cal. "La cal se come el cuero", había oído decir. Era natural, con tocarla se comprendía.

Pobres zapatos. Sentirían la mordedura de la cal. ¿Así como la fiebre? Y eran suyos. Eran como él. Hasta se le parecían. ¿No era para ponerse triste? ¿Por qué había de ser así la vida? Y el sol es de todos, y el agua...

... Ahora comprendía lo que oía decir. Claramente. Lo único que él se ponía triste, y sus compañeros... Ah, cómo ¡brama-

ban! Y otros, ¡cómo arrastraban una cólera y un dolor sordos, bien dirigidos! Y él. Triste. Decididamente no tenía espíritu de lucha.

Se secó la cara con la frazada. Tomó el sombrero. Era negro, sucio, viejo. También tenía cal.

Apagó la vela...

Parado en el umbral, asomó la cabeza. La temperatura era fresca. El patio empedrado estaba lleno de pozas. Todo el día había llovido. El acetileno ardía débilmente en un rincón. Cerca de la puerta de la administradora. Pensó en el lunar enorme, café y peludo que tenía la vieja bajo la boca, y sintió un escalofrío. Qué triste se veía el patio. Realmente era un espectáculo triste.

Y comenzó a andar saltando sobre las pocitas. Con el cuello del saco subido; a saltitos...

En la calle sintió frío. ¿Por qué no tendría el un abrigo? La transpiración se le había helado en el cuerpo, y la camisa iba adherida a las carnes.

Iba pegándose como un perro a las murallas. Presa de sus pesados pensamientos. Caminaba y miraba las casas, las luces, los almacenes, los tranvías, los hombres. Cerró los ojos. Como una rueda girante, veía su interpretación de la ciudad. La agitación. El comercio, cambio, monedas, trabajadores, pitos, humos, coches de perfil elegante, bocinas autoritarias, guardias rígidos, herméticos, huérfanos de voluntad propia, manos magras, toses roncacas, dolorosas toses, rostros pálidos, pan...

¡Ah!, todas las cochinas relaciones de los hombres.

La fuerza del odio, del dinero, el color de los vicios, la traición, la venganza, el derecho...

El Derecho, el Odio. El no podía odiar. Si pudiera, siquiera un solo instante, odiar algo, a alguien... Qué débil que cobarde era...

Y recordaba a sus compañeros de dolor. Aquellos que habían gritado; los que sabían exclamar. Cómo habían sido castigados. ¿Y por qué? Reclamaban su derecho a la vida. La vida, el pan; no pedían más. ¡Pobrecitos; como él! Y se emocionaba intensamente. Qué horroroso y sucio era el mundo. Qué sucio.

Y él soportaba. Los otros, no. Pedían sus derechos y eran perseguidos, golpeados, torturados. Espiados cochinalemente otros. O rodando de cárcel en cárcel. De dolor en dolor. ¿Por qué no podría reaccionar como ellos, siquiera? Sería otra cosa.

Pero la suya era una triste complexión. O sería muy tonto, quizás. O era que antes jamás comprendió ciertas cosas. O el mulsmanismo de su padre, viejo, villano, pegado a la tierra, como

su abuelo, y convencidos de una humanidad inalterable, inmóvil. Pero no, lo suyo era físico. Estaba en sus venas. Era un animal enfermo y triste. Todo dolor lo anonadaba.

Y el frío crecía y una niebla espesa se pegaba con manos húmedas a la ropa.

Frío. El calor de un brasero. Un lecho tibio. Qué pena tan grande. Recordó a su madre. Qué brutalmente niño era. Qué niño tan triste.

Si ella lo viera ahora. Si viera a su Juanito, ahora, de grande, tan solo, tan mísero. Juan Salinas era él, Juan Salinas, estaba enfermo y no tenía trabajo; por estar enfermo. A su patrón no le convenía que él estuviera enfermo. Y había visto matar a un caballo viejo alguna vez, por viejo. Era ley que sufriera, en verdad. Ley. La Ley. ¡Ah! sí. El tenía imposiciones. Sí pero sabía bien lo que era aquello. Casi era mejor no haberlo. Recordó un número. El tenía imposiciones, sí. Imposiciones. Esta palabra tenía otro significado a veces, un duro significado. ¡Cómo son de elásticas las palabras! Y los nombres, un poco inapropiados a veces, o sólo en parte exactos, en la peor parte...

Había caminado mucho y la fiebre venía de nuevo, crecía. Se sentía mal. La conciencia de su amarga condición llegaba a empujarle. Caminó hacia calles apartadas. Quería seguir andando, pero quería estar más solo.

Era una especie de ternura honda lo que sentía por sí mismo. La fría convicción de su desamparo, el hambre, el frío, la indiferencia del despota, la lucha diaria por el pan, perra; la zancadilla, la traición, le producían esa ternura por sí mismo, humana, y una emoción y un dolor ancestrales, de bestia herida, apartada, sin cubil.

Lentos goterones comenzaron a caer multiplicándose. Se pegó más a las murallas y anduvo más lento y más triste.

Estaba completamente dominado por su ser afectivo y por una desesperación honda y devastadora. Una intensa sensación de tragedia insostenible lo llenaba. Con un nudo de angustia en la garganta se entregaba lloroso y desfallecido, al medio, al elemento, y a la Fatalidad.

La lluvia era ahora gruesa y despiadada. Caía con su característica y fría indiferencia.

El no sentía frío. Sentía la fiebre muy densa. Un calorcito dulce lo llenaba. El agua parecía entibiarse en su cuerpo. Los zapatos, heridos por la cal, llagados, estaban ahora negrísimos.

Una inconsciencia creciente se iba apoderando de todo su ser. Recordaba su vida. La iba repasando desde sus comienzos, lentamente, deteniéndose cariñoso en algunos puntos, amándose, compadeciéndose...

Sentía el sonido del agua tibia dentro de sus zapatos mojados. Se miraba los zapatos, negrísimos...

Siguió arrastrándose sobre la amarga línea de su vida hasta llegar a su imagen presente. De nuevo la ternura, la serena y húmeda desesperación, el dolor animal, profundo, lloroso, lo vencieron, lo cubrieron.

Miró la calle larga y sola. Aumentaron su pena y su sensación de abandono aplastante. Su paso se hizo más y más lento. Se pegó a las murallas desesperadamente. La sensación de tragedia se cavaba sorda lo profundo de su ser. Y la idea fatalista, creciendo, se abrazaba despiadadamente a él. Demoledora.

Como una bestia enferma y dolorida, avanzó arrastrándose consigo. Aplastado. Completamente vencido.

Y de pronto con los ojos semicerrados, sin poder contenerse ya, poseído de un cansancio súbito e insostenible, llorando, estrechado de sollozos, se detuvo.

Luego comenzó a doblar lentamente las piernas, hasta quedar pequeñito, acurrucado como un perro junto a una puerta. Cerró los ojos, y triste, cansado, se durmió profundo, muy profundo, hasta el día siguiente, y aun, hasta más allá del día.



LUIS FUENTEALBA REYES, nació el 29 de noviembre de 1943. Durante 20 años dirigente sindical actualmente Vice Presidente de la Coordinadora Nacional Sindical y miembro ejecutivo de la comisión pro-retorno de los dirigentes sindicales en el exilio.

POESIA

CHILE

DESDE

"Este libro es producto de una acumulación de vivencias apropiadas en este tiempo de dolor, pasión, amor, luchas y esperanzas. Pretende ser una afirmación en el destino del hombre a partir de su fe en la clase obrera y en sí mismo."

Así presenta Luis Fuentealba Reyes (si él mismo -uno de los dirigentes más prestigiados del sindicalismo chileno actual-) su libro de poemas "VIENTOS DEL SUR QUE ME LLEGAN". Incluyéndose, sin querer incluirse, a esta nueva generación de creadores, que no tiene límite de edad, que tiene diferentes nombres y que de alguna manera trata de aglutinar los testimonios más convincentes acerca de la necesidad que tiene el hombre -sobre todo en estos tiempos- de expresar no solamente sus sentimientos íntimos, sino que salen de una u otra forma como réplicas frente a las armonías o fracturas de la realidad circundante.

Don Lucho, con sus "Vientos del Sur..." no solamente entrega fracturas de la realidad que está viviendo, sino que desde un punto de vista de clase nos refleja "una disposición al gran paso plural de la victoria". He aquí una muestra de sus versos:

No quiero pisar la mina
que me estalle.

Quiero tomar el timón
y guiar mis esperanzas.

No quiero destruir mis zapatos
en caminos inútiles,
pero estoy dispuesto,
a caminar descalzo
en busca de la senda
que transitan en lucha
los desposeídos.

Esta aurora de pascua
en exilio
veo como juntos todos
deseamos tripular hojas
y navegar, navegar
hasta Valparaíso.

Esta navidad estamos aquí,
mirándonos
amándonos
uniéndonos
comiendo este pan distinto
y bebiendo
una risa mentirosa.



El granizo
viene azotando el futuro
y no hay quien
pueda disuadirlo,
su inclemencia,
es amor irremediable por la tierra.

Desemparados, haraposos
salen de sus moradas frías
una ronda de niños pobres
y cantan
y cantan
la ronda de la lluvia-lluvia.

Los niños
se empapan de pie a cabeza,
pues tienen confianza
en un futuro distinto.



¿RENOVACION SOCIALISTA?

RECUERDOS DEL PORVENIR

(INTERPRETACION DEL PROCESO POPULAR DE 1970-1973)

belarmino elgueta

Entre las diversas tendencias del llamado ámbito socialista chileno ha ido tomando forma una corriente de pensamiento que, utilizando el nombre y los símbolos de esta singular organización política, trata de desarrollar una ideología completamente ajena a lo que ha sido su teoría y práctica en el curso de más de medio siglo de vida política. El leit motive de esta tendencia es la renovación. No obstante, sus personeros han sido parcos en la exposición de sus ideas, lo que no quiere decir, de manera alguna, que no figuren con frecuencia en la prensa burguesa con opiniones sobre la coyuntura nacional, sino más bien que no se les conoce expresiones teóricas sistemáticas que fundamenten dichas opiniones. Aún así, estos renovadores han dejado sus huellas en algunos resquicios literarios.

La razón de este peculiar comportamiento reside en la circunstancia de que ellos son, por sobre todas las cosas, "actores" en busca de una cultura del éxito fácil y, por consiguiente, su protagonismo en el escenario chileno se basa en libretos tomados del repertorio universal de la renovación. Parafraseando a los antiguos navegantes venecianos, su divisa podría ser: "vivir no es necesario; renovar sí lo es". Con todo, ahora los juzgaremos más por sus dichos que por sus hechos, al menos en lo que atañe a la interpretación del proceso popular de 1970-73, que es el tema que a continuación examinaremos.

EL MEJOR TEATRO DEL ABSURDO

Este grupo no ha profundizado en el análisis de dicho proceso, sino que se ha limitado a desfigurar su contenido programático y su proyección estratégica hasta el punto de transmutar los valores con que pretenden enfrentar el futuro a ese pasado reciente, confundiendo sus propios objetivos políticos con los acontecimientos del período, sus más profundos anhelos con las aspiraciones de las masas. La historia se convierte así en una suerte de recopilación de recuerdos del porvenir, en los que el pueblo aparece como el cabótico protagonista de un teatro del absurdo y su héroe máximo -Salvador Allende- como un ingenuo forjador de ilusiones o sueños imposibles.

Esta posición, como veremos, no es una fantasía, sino una insólita realidad. En efecto, Carlos Briones condena en los días posteriores al golpe militar de 1973 la experiencia de las masas en todo aquello que es substancial a un proceso revolucionario: el desarrollo del doble poder. Por eso, le parece "que era indispensable imponer disciplina en la producción, que era necesario concentrarse más en el trabajo y menos en el activismo político". Como si esto fuera poco, agrega que "más que nada era preciso una dirección vertical en las fábricas, como para que los ministros pudieran dar órdenes y que sus órdenes fuesen obedecidas sin las interferencias de los partidos políticos". Escandalizado por la praxis de las masas, expresa: "Había tal clima de irracionalidad política que parecía ser extraído del mejor teatro del absurdo".(1)

Tal era la opinión de Briones sobre el proceso revolucionario chileno en el mismo momento en que la burguesía interna, coartada con el imperialismo, convertía a Chile en Indonesia. Esta caracterización no se diferencia en nada de la que hacía entonces la oposición conspirativa transformada en poder. Según Briones, los trabajadores no tenían derecho a participar en el proceso político, aprendiendo de sus propios errores, sino que debían limitarse a obedecer y trabajar -ideal que sólo se alcanzaría con la política excluyente de la dictadura-, pero la burguesía podía, en cambio, paralizar la economía, promover el sabotaje, destruir la infraestructura material, conspirar contra el gobierno constitucional y preparar el genocidio. No se le conoce ninguna palabra de condenación sobre todo ello.

El proceso popular constituía para él un caos que era necesario reordenar, pero esta operación no se concebía desde la escala de valores de la revolución, sino de la concerniente a la contrarrevolución, como quiera que aceptaba todas las exigencias que entonces, formulaba la burguesía. "Había problemas muy urgentes para resolver -agrega- que el Partido Demócrata Cristiano presen-

(1) Entrevista de Florencia Varas, publicada en la edición de "The Time" de Londres, del 6 de noviembre de 1973.

tó al gobierno y que yo hallé razonables: las industrias que habían sido ocupadas ilegalmente después de los hechos del 29 de junio (fecha del fracasado intento de golpe de un regimiento militar) tenían que ser devueltas, debían finalizar las ocupaciones ilegales de tierras y el control de armamento que reclamaban las Fuerzas Armadas debía realizarse". (2)

UNA VOCACION NEGOCIADORA

La Democracia Cristiana tenía, pues, la razón en su lucha contra el gobierno popular, particularmente en todo aquello que significaba desarrollar el proceso. En este sentido, las acciones de defensa del gobierno de Allende, como la toma de industrias en respuesta a un conato de golpe militar, emprendidas por los trabajadores eran, según Briones, simplemente ilegales. Pero las acciones en contra de ese mismo gobierno, como el "tanquetazo", no pasaban de ser sencillos hechos, como quien dice un juego de niños con soldaditos de plomo. La justificación que hace del "control de armamento", después del golpe militar y a sabiendas de que la aplicación de esta ley promovida por la Democracia Cristiana significó la muerte de muchos trabajadores, es realmente inaudita

Carlos Briones era ministro del interior el 11 de septiembre de 1973 y, en tal carácter, fue consecuente hasta el último instante con su concepción derrotista del proceso popular. En la entrevista mencionada, él recuerda los postreros momentos en el palacio presidencial. "Eramos unas treinta personas, la mayoría miembros de la guardia personal del Presidente. La presencia de la guardia nos hizo imposible hablar con Allende a solas para convencerlo de negociar la rendición". (3) Así pues, este ministro no creía en la integridad revolucionaria y la dignidad representativa del compañero Presidente que, precisamente, lo llevaría a ser fiel con lo que había afirmado y repetido: morir combatiendo.

Después de once años del golpe militar, Briones mantiene inalterable su pensamiento sobre el movimiento popular y aspira a desempeñar un papel similar al de 1973. Para eso continúa presentándose como el hombre del diálogo y la negociación. Es la única explicación del cargo asumido en su sector. En efecto, consultado una vez consumada la nueva división socialista de fines de abril de 1984 acerca de los errores de la Unidad Popular, vuelve a afirmar que consistieron en "exacerbar el desarrollo de un proceso político, económico y social que había alcanzado un alto grado de intensidad y que chocaba con límites institucionales", para agregar enseguida que Allende se proponía "construir una vía chilena al socialismo, no establecer el socialismo en Chile", lo que en todo caso "chocaba con un sector del país que no pensaba así", esto es, la Democracia Cristiana. (4)

(2) y (3) Ibidem.

(4) Entrevista de María Eugenia Oyarzún, publicada en "La Tercera" de Santiago, mayo de 1984.

La solución para este conflicto es, para él, la misma expuesta en 1973: el compromiso con la Democracia Cristiana, a pesar que sabe perfectamente que el diálogo estuvo abierto en diversas oportunidades y que si no se concertó un acuerdo fue exclusivamente porque este partido, exigió siempre la rendición incondicional del Presidente Allende y del movimiento popular. La alianza de la Unidad Popular con la Democracia Cristiana fue imposible debido a que los objetivos estratégicos de una y otra eran antagónicos. Un compromiso táctico habría sido deseable, pero la dirección de esta última no sólo se opuso a él, sino que impulsó la desestabilización del gobierno y el golpe final con todas sus consecuencias. Mientras Briones buscaba el diálogo, la Democracia Cristiana azuzaba la conspiración.

LOS DESCUBRIMIENTOS DE ALLENDE

Para establecer una relación indispensable entre ese proceso tosco y subversivo descrito por Briones y el proyecto renovado, Ricardo Núñez asume la tarea estética de blanquear su imagen a través de una leyenda rosa, de modo de incorporarlo mediante este abolengo postizo a la hermosa historia nacional de que nos habla Eduardo Frei en 1976, cuando acusó a la Unidad Popular de haber roto las normas de la eternidad de Chile, al destruir la democracia por la "división dogmática entre la burguesía nacional y el proletariado". (5) Sin proponérselo, Núñez responde a esa acusación redescubriendo la cara oculta del proceso popular.

Núñez sostiene, en efecto, que el presidente Allende hizo tres descubrimientos definitorios de su pensamiento teórico y su ejecutoria política. "Allende -según este intérprete- forjó su personalidad política en el seno de la institucionalidad chilena", lo que no constituye novedad alguna, ya que no podía -tampoco nosotros- hacerlo en una institucionalidad extranjera. Pero agrega en seguida: "En ella descubrió la aptitud suficiente para autogenerar las transformaciones que harían posible la sustitución del sistema capitalista, sin un quiebre del funcionamiento de la sociedad y la economía". Esta vía, que él llama "allendista", la caracteriza como un "transito nacional" al socialismo "que se factibiliza en una política legal de consenso". (6)

Tal concepción del proceso de la Unidad Popular es completamente ajena a la realidad y tampoco puede inferirse de ésta como lección para el futuro. Es cierto que Allende accedió al gobierno a través de la institucionalidad entonces vigente, pero no puede afirmarse tan categóricamente que él le confirió la "aptitud suficiente" para transitar hacia el socialismo, aunque la utilizó hasta agotar sus posibilidades de acción. Sin embargo, éstas no

(5) Eduardo Frei M., "El Mandato de la Historia y las Exigencias del Porvenir", Santiago, 1976.

(6) Ricardo Núñez, discurso pronunciado en el Teatro Caupolicán, el 23 de marzo de 1984 reproducido en la Revista APSI Nr. 140, del 19 de abril de 1984.

llegaron más allá del término del primer año de gobierno.

Eduardo Novoa Monreal, asesor jurídico presidencial, después de advertir al Primer Mandatario la inviabilidad de los esfuerzos por avanzar apelando a ciertas disposiciones legales, dio a conocer públicamente su criterio al respecto en el mes de marzo de 1972. "El camino de las transformaciones revolucionarias directas -afirma- queda impedido en gran medida y pasa a hacerse perceptible el peso opresivo de esa legalidad burguesa, destinada a amparar y a sostener su sistema social. A lo anterior debe agregarse que cada vez va quedando más cubierto, por su utilización máxima, aquel campo que permiten las actuales disposiciones aprovechables como instrumentos de transformación, fuera de que, simultáneamente, lo estrechan interpretaciones judiciales o de la Contraloría". (7) Cabe señalar que, entonces estos últimos organismos todavía no habían asumido en plenitud su papel en la conspiración.

En esta misma línea de pensamiento, el Presidente Allende planteó el 18 de abril de 1972, en una concentración pública realizada en Santiago "el agotamiento de una forma de Estado". Similar posición formuló en su segundo mensaje al Congreso Nacional el 21 de mayo de ese año. "La gran cuestión que tiene planteada el proceso revolucionario y que decidirá la suerte de Chile, es si la institucionalidad actual puede abrir paso a la transición al socialismo". Para agregar a continuación que "sólo si el aparato del Estado es franqueable por las fuerzas sociales populares, la institucionalidad tendrá suficiente flexibilidad para tolerar e impulsar las transformaciones estructurales sin desintegrarse". (8)

La respuesta a este emplazamiento se dio con la conspiración de esas mismas instituciones para abatir al gobierno legítimo e instaurar la dictadura, situación que también fue prevista por Allende en el mensaje aludido cuando dijo: "No se puede descartar que la escalada contra el régimen institucional llegue a provocar las condiciones de ruptura". Por la misma consideración, anunció "la necesidad de reemplazar las instituciones del Estado y del régimen jurídico institucional", (9) en una nueva concentración pública celebrada el 5 de septiembre de dicho año, en la ciudad de Santiago.

UNA REVOLUCION SIN RUPTURA

Estos mismos hechos y juicios destruyen la segunda mixtificación atribuida a Allende, esto es, de que es posible el tránsito socialista "sin un quiebre del funcionamiento de la sociedad y de la economía". Esta panacea planteada ahora como una de las expresiones de la renovación socialista es tan vieja como la social

(7) Eduardo Novoa Monreal, "El Difícil Camino de la Legalidad", Revista de la Universidad Técnica del Estado N.º 7, Santiago, marzo de 1972, pág. 24.

(8) Belarmino Elgueta B., "Salvador Allende: Héroe Nacional", Revista Convergencia, N.ºs. 3-4, México, D.F., pág. 31.

(9) Joan Garcés, "Allende y la Experiencia Chilena", Ed. Ariel Barcelona, 1976, pág. 250.

democracia. El reformismo afirma precisamente, según los términos de la controversia finisecular entre ortodoxia marxista y revisionismo, que la transformación socialista puede iniciarse y también puede terminarse sin una revolución política, entendida esta como la conquista previa del poder o, como dicen los renovados, el "quiebre" de la sociedad y la economía. Como en los días ya lejanos de la Falange Nacional se postula ahora una revolución dentro del orden.

El Partido Socialista resolvió también teóricamente esta cuestión de manera clara y definitiva en la fundamentación de su programa de 1947. "La conquista del actual Estado es, sin embargo, condición previa de la revolución socialista. No podrá realizarse la transformación radical de la estructura de la sociedad sin un desplazamiento del poder político desde la minoría capitalista a la clase trabajadora". (10) Precisamente, a esa clase a la cual Briones le niega el derecho a dirigir el proceso revolucionario, condenándola irremisiblemente a obedecer y trabajar.

Por las afirmaciones de Núñez, parecería que Allende no hubiera compartido este pensamiento de su partido. Pero no hay tal cosa. El tuvo siempre conciencia de que sólo se había accedido al gobierno, más rigurosamente al ejecutivo, y que subsistía la necesidad de resolver el problema del poder. Así lo afirmó muchas veces y, de manera inequívoca, en las conversaciones con Regis Debray: "En la actualidad -dijo- el pueblo está en el gobierno y es de él la lucha por ganar el poder". (11) En esta forma, era consecuente con la concepción estratégica de su partido y con el programa básico de gobierno de la Unidad Popular, que también se planteaba el desplazamiento del poder de la minoría capitalista por los trabajadores para iniciar la construcción del socialismo. La experiencia histórica ha demostrado, por último, que el "quiebre" o ruptura es el resultado de la acción contrarrevolucionaria.

EL CAMINO DE LA LEGALIDAD

Más ajeno a la realidad es, si cabe, el tercer descubrimiento atribuido a Allende, en el sentido de que el "tránsito nacional al socialismo se factibiliza en una política legal de consenso, que recusa la violencia y la represión..." Como las afirmaciones anteriores, ésta contradice igualmente, de manera flagrante, la experiencia popular de 1970-73. Son miles los estudios publicados sobre este proceso que concluyen estableciendo que podrá accederse de nuevo al gobierno por la vía electoral, pero no se avanzará en la transformación socialista de la sociedad sin una ruptura del ordenamiento jurídico burgués y la disposición a defender el movimiento revolucionario por los mismos medios que emplea la contrarrevolución. Nadie ignora a que ésta nunca es pacífica ni legal.

(10) Fundamentación Teórica del Programa del Partido Socialista de 1947, Revista Caminos de Libertad, EILA, S.A. México, 1979, pág. 45.

(11) Regis Debray, "Conversaciones con Allende", Ed. Siglo XXI, México D.F. pág. 6.

Quizás no haya una persona más calificada para juzgar esta cuestión que Eduardo Novoa Monreal, tanto por su amplia versación jurídica como por haber actuado como asesor jurídico presidencial y dirigido al Consejo de Defensa del Estado, durante el gobierno popular. El afirma en un sólido análisis de dicho problema: "La conclusión de este estudio, dolorosa para quien ingenuamente pudiera imaginar algo diverso, es que todo intento que toque aquellos reductos económicos claves de las actuales clases dominantes, será aplastado por éstas y por sus aliados -el imperialismo y las fuerzas armadas- en forma inmisericorde. Ningún medio, ni aún aquellos que podrían ser más repugnantes para los principios éticos, políticos o jurídicos que se proclaman, será escatimado con tal fin".

Poco importa, en efecto, a la burguesía que el movimiento popular acceda al gobierno por medios pacíficos y constitucionales, así como se sujete estrictamente a los marcos jurídicos si él impulsa un programa revolucionario, de cambios profundos en la sociedad. Así lo corrobora también Novoa. "El que ese intento -a grega- se proponga o lleve adelante por vías legales y dentro del libre juego democrático, no cambiará en nada esa actitud: se dirá, aunque ello sea falso, que vulnera los preceptos legales o, en último término, que atenta contra los "principios" sobre los cuales éstos se apoyan". Para eso, la clase dominante cuenta siempre con la "casi totalidad de los juristas y de los magistrados y funcionarios encargados de interpretar y aplicar la ley". La conspiración de la institucionalidad chilena, que culmina con el golpe militar de 1973, es una prueba irrefutable de lo afirmado.

Esta conclusión extraída de nuestra propia experiencia nacional y que parece diáfana para quienes quieran entender rectamente los sucesos, no lo es para los renovadores. La razón es la que expusimos al comienzo de este comentario. Ellos transmutan sus de signios políticos, a los hechos del pasado, para justificar con estas interpretaciones su política actual y futura, que descansa en meras reformas dentro del sistema capitalista. No hay, pues, más cambios permisibles por la vía legal que aquellos conciliables con los intereses de la clase que detenta el poder, por lo que insistir en las tesis de Núñez significa renunciar al socialismo.

(12) Eduardo Novoa Monreal, "Vía Legal Hacia el Socialismo?", Ed. Jurídica Venezolana, Caracas, 1978, pág. 6.

(13) Ibidem.

LA HISTORIA COMO GUIA PARA LA ACCION

Para los socialistas chilenos, el proceso revolucionario de 1970-73 reviste la mayor importancia histórica, por lo que constituye un deber rescatar la práctica y la teorización desarrolladas por los trabajadores bajo el liderazgo de Salvador Allende, con todos sus errores y limitaciones, en el más original y audaz intento de transformar la sociedad. Por encima de cualquier otra cosa, cabe recuperar la capacidad creativa de las masas, gracias a la cual su participación protagónica incorporó a su conciencia de clase la vívida anticipación de lo que será una comunidad socialista gobernada democráticamente por los propios trabajadores. Se trata de la verdadera batalla de Chile.

La única manera de analizar situaciones como la que vivimos, entre 1970 y 1973, si se quiere extraer conclusiones útiles es, por lo mismo, desde un punto de vista histórico, esto es, fundado en consideraciones objetivas concernientes a la experiencia misma y a las circunstancias en que se desarrolló y por las cuales fue condicionada. Por esta misma consideración, corresponde también apreciar a Salvador Allende, en cuanto intérprete y conductor del movimiento popular, como producto de un doble proceso que lo condiciona: el escenario histórico y el proyecto nacional de su partido.

Sólo ubicados en dicho prisma es posible juzgar su comportamiento como gobernante. Cualquier análisis que prescindiera de esta realidad objetiva no ayuda a extraer lecciones para el futuro. La vida política de Allende se enmarca, en efecto, en un período de ascenso vertiginoso de las luchas de los trabajadores, comprendido entre 1931 y 1973, que desafiaron constantemente al estado burgués. La década de los setenta marcó el vértice de la crisis de éste. Durante ella se produjo el máximo ascenso del movimiento popular en el camino hacia el poder, pero como respuesta la burguesía, apoyada en las fuerzas armadas, instauraría la más brutal dictadura.

Salvador Allende accedió al gobierno como culminación de un proceso democrático, inscrito en una acentuada lucha de clases, que exhibe dialécticamente aspectos contradictorios. El movimiento popular había avanzado en medio de las contradicciones interburguesas, las que buscaban a su vez la neutralización de dicho movimiento, unas veces mediante la represión y otras por medio del compromiso. De este modo, se crearon espacios políticos dentro de los cuales se discutía, bajo ciertas reglas, la participación de los trabajadores en el ingreso nacional y en el juego político.

Esta larga marcha facilitó la formación de la conciencia social de las masas y trajo consigo importantes conquistas parciales, logradas en una constante lucha de clases. Son los aspectos positivos. No obstante, esta forma de inserción en la dinámica de la sociedad capitalista produjo su contrapartida, convirtiendo por largo tiempo a los trabajadores en soporte político de una fracción burguesa e inculcándoles una confianza en la democracia li-

beral que iba más allá de sus reales posibilidades. Son los aspectos negativos.

La experiencia del período 1970-73 dejó muchas lecciones. Pero si hubiera que elegir sólo una, la más decisiva, no hay duda que es la de haber resuelto la discusión acerca de la viabilidad de la vía legal y pacífica hacia el socialismo, de una manera por demás dolorosa, como esa pedagogía antigua que sostenía que "con sangre la letra entra". Para nosotros la incógnita -si alguna vez existió- se despejó en el sentido contrario al señalado por Núñez. Los hechos históricos -ya no los prejuicios teóricos- demostraron que los instrumentos institucionales y el ordenamiento jurídico burgueses no permiten dicho tránsito por la resistencia de la clase que detenta el poder. Ellos tienen por objeto la defensa, por todos los medios, del sistema capitalista.

Ante esta realidad de hierro, Allende sostuvo con su ejemplo -ya no sólo con las palabras- la utilización también de todos los medios: conquistó el gobierno con el sufragio y lo defendió con las armas hasta la muerte. Allende no se rindió, como quería Briones, y con este acto de heroísmo señaló un camino al movimiento popular, siempre que éste sepa utilizar el recuerdo como arma de combate. No hay que olvidar, por consiguiente, la lección de la "primavera" chilena, repetida una y muchas veces en América Latina, en el sentido que si queremos de verdad una revolución socialista debemos forjar la fuerza subjetiva necesaria.

La historia se convertirá así en una guía para la acción.

